


Historias 
 de Zorrilla

por Marciano Zurita

Ilustraciones 

de Barrio 

DG-66
A

C. 1107498

t. 89332

MUNDIAL ::
BIBLIOTECA

Historias de Zorrilla

M

B

HISTORIAS DE ZORRILLA

POR

MARCIANO ZURITA

ILUSTRACIONES

DE

EVARISTO BARRIO



Imprenta y Librería

HIJOS DE SANTIAGO RODRIGUEZ
BÚRGOS

B

M



R. 679 03

Es propiedad.
Cumplidas las prescripciones
de la ley.

Copyright 1913 by Hijos de Santiago Rodríguez
BURGOS (ESPAÑA)

Cuatro palabras á guisa de prólogo

Es á mi juicio muy peliaguda empresa la de convencer al lector de que el hecho de poner en prosa las leyendas de Zorrilla no constituye una profanación, y por eso, al comenzar estas líneas, que tienden precisamente á justificar las causas de haber cometido tamaño pecado de lesa literatura, hállome perplejo, sin saber de qué razones echar mano ni á qué argumentos recurrir con tal de disculparme, si disculpa puede haber en un delito cometido con plena conciencia del mal.

Zorrilla, en opinión mía—y ojalá no esté en lo cierto—es uno de los pocos poetas

españoles cuyas obras no pueden prosificarse, porque atendiendo más á la forma de la frase que al fondo del pensamiento, más á la parte externa que á la interna y más al ropaje de que viste la idea que á la idea misma, sus versos encierran dos principales bellezas, la de la imagen y la de la rima, bellezas ambas que no pueden existir en la prosa, la primera por su cualidad de extraña y la segunda por su condición de opuesta.

Empero, si entre las obras de nuestro gran poeta hay algunas á las que con más atenuación atañe la imposibilidad de ser prosificadas, esas obras son las leyendas, porque aparte su incomparable belleza externa, encierra en sí la fábula, la narración, unida estrechamente, es cierto, á la fantasía, pero siendo al fin narración, fábula, que es precisamente lo que yo debo prosificar,

desentrañando la idealidad, de la idea, y presentando ésta como en esqueleto, descarnada y rígida.

Si en ello, hay delito, de la bondad de mis lectores me amparo y á la benevolencia del olvido me acorro. Hagán vuestras mercedes la de arrinconar este librito y no paren mientes en que un pobre poeta de nuestros días profanó, audaz, los inmortales versos de aquel á quien más admiraba, del peregrino ingenio que más y más hondo le hizo sentir...

MARCIANO ZURITA.

Madrid 19 de Abril de 1913.





Para verdades el
tiempo y para jus-
ticias Dios :: :: :: ::

Zorrilla y Manuel del Palacio recogen entre las suyas una leyenda madrileña, que con el título que á estas líneas sirve de tal, la escribió el primero y con el de “La calle de la Cabeza” la rotuló el segundo.

Aunque distintas en la forma, son idénticas en el fondo ambas narraciones, cosa que nada de extraño tiene, á mi juicio, pues como recogidas de los labios del pueblo, sobre el supuesto hecho que las dió origen ha acumulado la fantasía de aquel, multitud de pormenores é incidencias que, según quien las refiere, se alteran y cambian, por demás unas veces y por de menos otras.

Ateniéndonos exclusivamente á lo que Zorrilla nos cuenta, ello es que á fines del siglo XVI ó principios del XVII, pues de la fecha precisa no se da razón, vivían en la villa y corte de Madrid *dos hidalgos sin blasón*, nombrados Juan Ruiz y Pedro Medina, unidos por grande é íntima amistad, nacida de haber salvado el segundo al primero la vida en sangriento y comprometido trance.

Gozaban ambos justa fama de valientes, y rivalizaban en osadía, aunque en cuanto á caballerosidad aventajaba no poco Medina á Ruiz, el cual muy iracundo y misterioso era, de torvo mirar señalado, artero de mañas y traidor con frecuencia, y aunque arrojado á veces, rara era la que su intrepidez carecía de temeridad. Por otra parte, había nacido en ignorada cuna, debiendo más que al valor á la suerte las caudalosas riquezas que adquiriera en las Indias y malgastara en lujos y pródigos festines y placeres, cuando á Madrid hubo de regresar de allende los mares; y así, vivía pobre y obscurecido, desahogándose ó estrechándose, según el juego de los dados le era favorable ó adverso, y siendo reojo de encrucijadas y sospecha de cuadrilleros.

En cambio, Pedro Medina, aunque de *arrogante y orgulloso en demasía* pecaba, era más cortés, de mejores talantes, que de lucido y generoso le señalaban y de bizarro le daban buena nota. Con más aspecto de galán que de matón, si bien alguna sombra de tal infundían á los suspicaces su desdeñosa mirada y sus empinados mostachos, no había en la corte mujer con agravo á quien él no vengase, ni magistrado ó ronda á cuyo servicio no se pusiera, si en algazara ó riña le hallara.

Tales eran los dos amigos, para completar la descripción de los cuales, bueno es añadir que habían puesto sus ojos en una misma dama, llamada Catalina, *moza obscura, apuesta de talle y de rostro* y muy fiel guardadora de recatos y honestidades; pero mientras Ruiz mantenía oculto su amor—acaso porque para mujeres de tal honor y virtud no conocían sus labios palabras adecuadas—y se contentaba con mirarla de cuando en vez al abrigo del embozo del ferreruelo, Medina, que en los tercios de Flandes había servido y estaba más costumado en empresas de jaez amoroso, suplicó con tal rendimiento á Catalina y *tan cortés la enamoró*, que ella le hizo promesa de darle su mano en boda.

Esta promesa causó alegría tan grande en el corazón del afortunado galán, que corriendo más que andando, fué Medina en busca de Ruiz, con ánimo de descubrirle su amoroso logro y dicha, creyendo que de ella sería partícipe, pues ignoraba que idéntica pasión sintiese, su amigo. Hallábase éste jugando á los dados en una hostería que por aquel entonces era muy frecuentada de trajineros, negociantes y bribones, y al hacerle saber Pedro sus proyectos y designios de matrimonio, sorprendióse primero y enfurecióse después, acabando por confesar que amaba también á Catalina y que pensaba haberla escrito aquel mismo día una carta, diciéndole su amor.

Suspendido quedóse Medina al oír revelaciones tan inesperadas y en silencio buen rato, mas *al fin, como quien resuelve un negocio que aflige y cansa, pidió papel y tintero, y dijo á su amigo:*

—No sé cómo he podido vacilar tanto en este apuro; de no haber sido tú el que palabras tales acaba de decirme, mátralo á cuchilladas, pero así, escribe la carta y que Catalina decida el pleito.

Hízolo Juan y muy adelantada iba ya la escritura de la amante misiva, cuando de pronto rasgó el papel

y Echemos, dijo, los dados,—y al que la mayor le caiga,—si es á mí, la escribo al punto,—si es á tí, Pedro, te casas.

Tiró Juan y sacó nueve; los echó Pedro y sacó doce, con lo que ambos se levantaron en silencio y en silencio salieron á la calle, tomando cada cual dirección opuesta.

Despechado y tanto como despechado celoso, vivió Juan desde aquel día, clamando contra sí mismo, por no haberse atrevido á declarar á Catalina sus amorosas cuitas; y en esta suerte de infortunios, pasó treinta días, al cabo de los cuales llegó el de la boda de su amigo y con él la colmadura de su dolor, y Ruiz, como fiera enjaulada, paseábase furioso por los aposentos que á yantar y dormir destinaba y que entonces inútiles para ambos menesteres le eran, llamando en remedio de sus desventuras, ora á Dios, ora á Satanás.

De tan dolorosa situación y de tales pensamientos, sacóle un reloj vecino, que lentamente fué desgranando en los de la noche el ruido de diez campanadas. Acordóse Ruiz de que era aquella la hora señalada para la matrimonial ceremonia, y ciñéndose el acero con desdén, salió á la calle, y dando vuelta al Matadero de

la cortesana villa y andando á la ventura por las tenebrosas calles que en fuerza de rodeos en la de Toledo iban á desembocar, hallóse sin querer frente á la vivienda de Medina, lugar donde había de tenerlo la boda, y junto al cual, una imagen de Cristo agonizante se veía á los pálidos reflejos de un farol que, como el alumbrado, agonizaba también.

Por un balcón de la casa, entreabierto, salían tumultos de danza y cruzaban sombras en alegre y fantástico desorden. Medina había reunido allí á sus amigos desde que anoheciera, y agasajaba á todos, singularmente á la hermosa desposada, que *suelto en rizos el cabello* tenía y rico traje vestía con lujosas preseas ornado, entre las cuales destellaba un lazo de corales y de él pendiente una imagen del Redentor, que el afortunado esposo la donara. Por fin, después de grande rato, en el que se comió, cantó y bailó, como es costumbre en las bodas, los de esta invitados fueron abandonando uno á uno la casa; y sólo quedaban ya los novios en ella, cuando de la calle subió hasta ellos confuso ruido de voces y cuchilladas, y al angustiado lamento de alguien que favor pidió viéndose en trance de muerte, bajó Pedro Medina *con el estoque*

en la diestra y en la siniestra el farol. Asomóse al balcón Catalina, llamando afligida á su esposo y éste, oyéndola, alzó la cara y la luz con ella, pero apenas el reflejo dió en el rostro de su amor, entróle por el costado una traidora estocada, de artera mano venida.

Lanzó el herido un doloroso grito, y mientras Catalina de espanto y angustia presa, en el balcón desplomábase, volviendo el rostro al del Cristo, expiró Medina, en tanto que á su lado se alzaba un hombre, que apagó la luz y se hundió en la obscuridad.

Aunque algunos vecinos acudieron prontamente y en socorrer á Pedro fueron solícitos, éste muerto y bien muerto fué, sin que nadie lograra averiguar quién fuera el matador, ocurriendo lo propio á cuantos goli-las, corchetes y sabuesos trataron de esclarecer el misterio del crimen, el cual amparóse desde luego en la sombra y en la sombra quedó, como en el más hondo desconsuelo la enamorada Catalina, que un año entero vió transcurrir, enferma, desde el lecho, y hasta siete llorando á Medina sin tregua ni descanso.

Durante la enfermedad, nunca separóse de la cabecera del lecho Juan Ruiz, quien, cerrando la puerta á cuantos padrinos y parientes á ella se acercaban y

diciéndoles: *Mientras yo viva, no faltará quien la vele*, invocaba su amistad con el esposo para atender á la viuda, y tales su solicitud y cuidados fueron, que la enferma recobró la salud y con ésta y el tiempo, *volvió la luz á sus ojos, el pudor á su frente* y la risa á sus labios, proclamando entonces ante todos los que en afán de verla repuesta visitábanla, que sólo debía la vida á los nobles y diligentes esmeros que Ruiz la prestara.

Juan nunca apartábase de la viuda durante el día, y únicamente cuando el sol á su ocaso se inclinaba, salía de la casa y á largo y precipitado andar, dirigíase á la suya por las revueltas callejas que en torno del Matadero se agrupaban, no faltando empero vecino curioso que de soslayo le atisbase, para asegurar después que cuando por cerca del Cristo se andaba, hundíase el ancho sombrero hasta las corvas cejas y con el embozo de la capa le juntaba.

Así pasaron los siete años y á postre de ellos, *creyéndose pagada Catalina de amistad tan firme y tierna* y de tantos solícitos desvelos, afanes y finezas, escuchó de Juan una tarde *dulces palabras de amores*, y Juan, magüer al principio quedó sin respuesta, de tal modo instó un día y otro y un mes y otro mes, que por fin la



... suspendida de los cabellos, la cabeza de Medina.

hermosa viuda hizole merced de amor y con ella le otorgó su mano.

Por consejo de Catalina, la boda había de celebrarse sin ruidos ni algazaras, pero Juan, que en sus mocedades siempre gustoso fué de bullas y tumulto, buscó amigos, preparó músicas y bien provisto de generosos vinos y succulentas viandas, señaló las diez y media de la noche para la ceremonia, que por rara casualidad había de coincidir con el aniversario de la que al crimen dió origen; y como gustara también y mucho de las cabezas de ternera asadas,—tanto que él mismo hacía el condimento, disponiéndolas muy sabrosas, al decir de las gentes—, la tarde de aquel día y noche ocurriósele preparar, para gusto suyo y obsequio de los convidados, uno de aquellos platos, y dirigióse al Rastro, donde con frecuencia sacrificaban becerras y tenían una sobre la tabla de pública venta.

Compró, pues, la cabeza y escondiéndola bajo la capa, echó á andar calle abajo por la de Toledo, sin notar que iba dejando un reguero de sangre trás de sí. Dos ministros de justicia que con él tropezaron, advirtieron la sangre y siguiéronle sin ser vistos, hasta que al llegar frente á la imagen del Redentor crucificado y

observar que Juan Ruiz parecía dudar de seguir ó volver los pasos, acercáronse á él, gritando:

—*¡Fuera el embozo! ¡Muestre á la luz lo que llevaj*

Tornóse Juan, pálido y convulso, al oír tal demanda y quedóse mirando la divina efigie, recordando tal vez algo que el corazón le consumía y la sangre de las venas le helaba.

—*¡Fuera el embozo!*—repitieron los corchetes, y el embozado quiso huir, mas desplegaronle la capa y un grito de hondísimo asombro se les escapó de los labios: Ruiz tenía en la diestra mano, suspendida de los cabellos, la cabeza de Medina. Quiso soltarla y se le quedó entre los dedos. Entonces confesó su horrendo crimen: él había matado á Pedro, cuando éste bajó de su casa para socorrer al que pidiera auxilio en apurado trance viéndose. Desde aquella noche, ninguna otra, por remordimiento, había vuelto á pasar por delante del Cristo moribundo; pero llegó la primera, por fin, y con ella, la ocasión propicia de probarse la irrevocable sentencia de que

*“para verdades el tiempo
y para justicias Dios“.*





A buen juez,
mejor testigo ::

Durante los últimos años de Felipe II, aquél gotoso y ulcerado rey, en quien unos encuentran reproducida la efigie de Nerón y otros personificada la imagen de la prudencia, vivía en Toledo un viejo hidalgo, de alta-nera y orgullosa condición que con la estrechez de su hacienda contrastaba, pues mal debía andar de ésta don Ibán de Vargas y Acuña, á juzgar por lo que la leyenda deja traslucir, si bien en lustre de familia no le fuesen en ventaja Ponces y Guzmanes y sus antepasados hubiesen decidido en mejores tiempos, si tal hubiérales venido en deseo, la dignidad del mismo prior de Aroche ó el prestigio del propio conde de Fuensalida.

Tenía el de Vargas una hija llamada Inés, de muy

peregrina hermosura y corazón apasionado, que lo fué aún más cuando la bella conoció á Diego Martínez, apuesto mozo que aunque en humilde cuna nacido, ánsias tenía y anhelos de grandeza y bien lo demostraba así su desenfadado talante, que á más de un reverendísimo le hizo miedos, á no pocos tímidos puso en precipitada huída y á bastantes caballeros sobresaltó cuando en obscura encrucificada fué de ellos topado.

Martínez, para quien leyes de honor y respeto de damas eran letra muerta, ganó con la voluntad de Inés la confianza de ésta, y cuando la gentil moza quiso apercibirse de ello, encontróse con que el galan penetraba todas las noches en su aposento y de él no salía hasta que, el peligro á verse descubierto por el anciano Ibán, le obligaba á saltar del balcón á la calle, asegurándose en piedras y barrotes. Una noche, sin embargo, de nada valió al mancebo que su criado y fiel confidente cerrase el paso al viejo. Este descubrió su deshonra y en ello encontró la noble pesadumbre del buen padre y del hidalgo altivo, guardador del decoro familiar como del más preciado patrimonio.

Lo que entre padre é hija mediase, lo ignoramos,

aunque no hallaríamos grande esfuerzo y meditación en suponerlo; es lo cierto, que á la tarde siguiente, Inés fué en busca de Diego Martinez, que en la Vega esperaba ó paseábase, siendo motivo de los aceleramientos de algún miedoso campesino que á su hogar iba de regreso, y de la pena de tal ó cual fanfarrón espadachín que de buen grado hubiese medido su acero con el de aquel hombre, que singular cuidado ponía en no ser visto, pues que tanto velaba la catadura en el embozo.

Cuando dama y caballero, después de grande rato de charla, halláronse satisfechos de los amorosos diálogos, Inés interrumpió las galanterías de Diego, diciéndole con serias y firmes palabras:

—Abreviemos de inútiles razones; mi padre sabe que un hombre ha entrado durante su ausencia en mi aposento, y así, quien mi honra ha manchado, con la suya lavármela debe. Dadme, pues, mano de esposo ó dejadme ir libre.

A lo que el mozo, después de meditar, sin duda, la respuesta, en tales términos la dió:

—Dentro de un mes debo partir á Flandes; estaré al año de vuelta, y en el altar, honra que yo te haya

deslucido con honra mía he de lavarla, *que por honra vuelven honra hidalgos que en honra nacen.*

Juramento habiéndole pedido Inés de tales promesas, á prestarlo se resistió, que Diego más á su palabra fiaba que á invocaciones de santos nombres para cumplir lo ofrecido; pero tanto instó la dama, que el galán, acaso por verse libre de aquella situación que á embarazarle comenzaba, consintió en jurar ante el Cristo de la Vega, y así, habiendo llegado los dos á los pies de la sagrada efigie, juró Martínez desposarse con Inés cuando de Flandes hubiese regreso, con lo que tranquila quedó la dama y libre el caballero para ir, como lo hizo, á tierras de Amberes, en calidad de soldado aventurero y volver á los tres años graduado de capitán, que á tal le elevaron su suerte y hazañas.

Inés, que iba todas al alto del Miradero, vióle aparecer una tarde por la puerta del Cambrón y á recibirle salió, mas él rechazóla altanero, y acelerando el paso al andaluz potro en que caballero tornaba, en la ciudad entró, sin mirar á la cuitada moza, que perdidos el sentido y la vista, en el Cambrón quedóse desmayada.

Cuanto en sucesivos días suplicó la de Vargas fué en vano; el capitán, pagado de su valimiento y



... y acelerando el paso al andaluz potro ...

altura, la desatendió siempre, y de nada valieron las ardientes lágrimas de la bella dama para ablandar aquel corazón henchido de orgullo y de soberbia, por lo cual al justiciero y valiente Don Pedro Ruiz de Alarcón, gobernador entonces de la ciudad, recurrió Inés, á fin de que de Martínez reclamase la restitución de a honra entregada.

Ordenó Don Pedro que le fuera presentado el capitán, con lo que aumentó á éste la vanidad y la propia estimación, y así, con las más huecas aposuras y el más sonoro y detonante andar, presentóse en a sala de justicia, donde ya Don Pedro le aguardaba rodeado de escribanos, alguaciles y corchetes.

No bien se le hubo dicho cuáles eran las peticiones de Inés, afirmó Diego que las tales no habían fundamento y hasta osó jurar por Dios que nada prometiera y á nada se obligara.

Iba á fallarse del pleito en favor del capitán, pues que la moza de testigos y pruebas carecía, y ya se le habían dado excusas y satisfacciones cumplidas y él disponíase á retirarse más altanero aún que al entrar habíase mostrado, cuando Inés, de rubores y amargura encendida, dijo:



—Deteneos. Tengo un testigo, á quien nunca faltó verdad.

Y en un arranque sublime de divina confianza, invocó el nombre del Cristo de la Vega, á cuyas plantas hiciera Martínez el juramento de los desposorios.

Al oír aquel nombre, pusiéronse en pié los jueces, tembló azorado el capitán, y el gobernador, cortando el murmullo de asombro que por la austera sala de justicia corría, dijo así:

—Mujer, el tribunal ha oído tu excelsa apelación, y como la ley es ley para todos y tu testigo el mejor, aceptámosle desde ahora.

Y dirigiéndose á uno de los escribanos:—Esta tarde—le dijo—tomaréis declaración al Cristo de la Vega.

Cundió la noticia por Toledo como reguero de pólvora y toda la ciudad maravillóse de la apelación hecha por Inés de Vargas, así es que cuando la tarde llegó, el pueblo en masa á la Vega encaminóse, con ánimo y curiosidad de ver en qué paraba suceso tan extraordinario. Entre el pueblo, hallábanse Diego Martínez, siendo blanco de toda mirada y de todo cuchicheo, mal recatado en los chiquillos y harto disimulado en las mozas.

Llegaron también los notarios y el Gobernador, y con ellos Inés de Vargas, todos los cuales, en unión de Martínez y seguidos del pueblo, en el templo donde está el Cristo penetraron, y adelantándose uno de los escribanos hacia la sagrada efigie, en forma tal que la cabeza puso en altura igual que el abierto costado del Redentor, y presentando los divinos Evangelios, así dijo:

—Jesús, hijo de María,—ante nos esta mañana—citado como testigo—por boca de Inés de Vargas,—¿juráis ser cierto que un día—á vuestras divinas plantas—juró á Inés Diego Martínez—por su mujer desposarla?

No bien fué hecha esta pregunta, cuando uno de los descarnados brazos de la imagen desclavóse y vino á posar la palma de su mano sobre los Evangelios, mientras en el templo una voz, resonando “¡Sí juro,” exclamó.

Alzaron entonces jueces y pueblo su vista hacia el Cristo y asombrados vieron que una mano tenía desclavada y abierta la boca...





Recuerdos de Valladolid : : :

En tiempo que el poeta autor de estas historias no fija y no somos nosotros los llamados á señalar, vivían en la muy noble ciudad de Valladolid, dos familias por igual ilustres y blasonadas: la de Bustos y la de Arcos.

Pertenecía á la primera una linda y virtuosa doncella nombrada doña Ana, y era primogénito de la segunda un galán llamado don Tello, que gozaba buena fama de apuesto entre las mujeres y de valiente entre los hombres.

Amigas las familias, quisieron unir á los mozos en casamiento y hubiérales sido empresa fácil la de conseguirlo, á no haber empeñado antes doña Ana su palabra de boda á don Juan de Vargas, á la sazón

oculto en italianas tierras por cierta misteriosa muerte que á su estoque fué debida. Empero la palabra de la de Bustos reducíase á esperar un año á su prometido, y el año había pasado ya y don Tello, apasionado de doña Ana, recordábaselo á ésta de continuo, y que otro medio había transcurrido le hacía ver cierto día, cuando la dama pidió uno más y no más, para entregar su mano á Arcos. En aquella noche, pues, decidiríase el amoroso pleito.

Mas la suerte quiso que el de Vargas llegase, que antes de las doce estuviese llamando en la puerta de la casa de doña Ana y que fuese quien la franqueó el propio don Tello, que ya muy felices se las prometía y que al ver á su rival, no vió otro remedio para la amorosa cuita de que tan oprimido estaba, que deshacerse de él, para lo cual le propuso lucha de muerte. Sorprendióse Vargas al oír invitación tan inesperada y hubiérase de fijo resistido á aceptarla, de no haber oído de los labios del propio retador la causa del reto. Así pues, cuando supo que doña Ana y don Tello debían unirse en matrimonio al siguiente día, ya no vaciló, con lo que ambos á retirado sitio fuéronse y cruzaron sus espadas durante largo rato con tan mútuo



... para lo cual le propuso lucha de muerte ...

ahinco y tal denuedo, que la muerte volaba entre los dos sin detenerse en ninguno, y don Tello hubo de recurrir á una deshonrosa é infame maña para vencer, y fué que fingiendo que alguno amagaba á su rival por la espalda, gritó: "¡Tentel ¡No le mates!" *Y al volver don Juan la cara,—hasta la cruz escondióle—dentro del pecho la espada.*

Muerto, pues, Vargas de modo tan vil, matrimonio celebraron la de Bustos y don Tello y transcurrieron varios años sin que nada empañase el cielo de la felicidad de los esposos, hasta que una mañana ocurrió un suceso que pone de manifiesto hasta dónde llega la justicia divina y que sirvió para que la alevosa muerte de don Juan no quedase impune. Paseábase Arcos por el ya entonces llamado Campo Grande, frente al Convento de Capuchinos que aún no ha mucho tiempo fué derribado, y en una de cuyas ventanas, acodado y en profunda meditación ó fervoroso éxtasis, un fraile había, cuando del centro del paseo vióse llegar á dos hidalgos, que corrían uno en pos de otro, en fuga el primero del segundo y desarmado y pálido aquél y con la espada desnuda éste.

Gritó el monje á don Tello, apercibiéndole de lo

que ocurría y para que lo remediase, mas cuando don Tello quiso acudir, ya el acero habíase hundido en el que huía, cortándole la retirada y la vida.

El asesino escapóse presuroso y don Pedro, meditando que era inútil seguirle, hubo de atender con solicitud al herido, por si aún había lugar á curación, pero á tal tiempo llegó la justicia y tomólo preso, sin que de tales escenas hubiera otro testigo que el capuchino, que desde la ventana habíalas presenciado.

Mas debió el capuchino ignorar á punto fijo en qué hora de cuál día debían juzgar los magistrados á don Tello, por cuanto llegó á la sala de Justicia cuando ya éste, en fuerza de tormentos, había confesado y jurado que mató á un hombre...

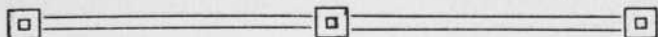
Nególo ante el Tribunal el capuchino, mas de nada valió su declaración, puesto que los justicias, atentos sólo á la confesión del propio don Tello, no hubieron á lugar oír lo que el fraile decía, y condenaron al de Arcos á morir en la plaza pública.

Quejóse el monje ante el Rey de sentencia tan injusta, poniéndole en noticias de que él había visto cómo fué muerto el hidalgo y jurando á fuer de religioso que don Tello parte ninguna tuvo en el crimen;

pero la apelación cayó en el vacío y en vano esperóse la nulidad de la sentencia primero y el indulto después; una hermosa mañana de estío, el noble pueblo de Valladolid presencié la decapitación de Arcos y oyó durante ella proclamar la inocencia de éste á un anciano capuchino, que al retirarse del cadalso, hubo de repetir una vez más cierta frase que él murmuraba con frecuencia, desde que presencié la muerte del hidalgo desde una ventana de su convento: "Si no hay justicia, no hay Dios."

El religioso ignoraba que la justicia divina se había cumplido...





Justicias del Rey

Don Pedro : : : :

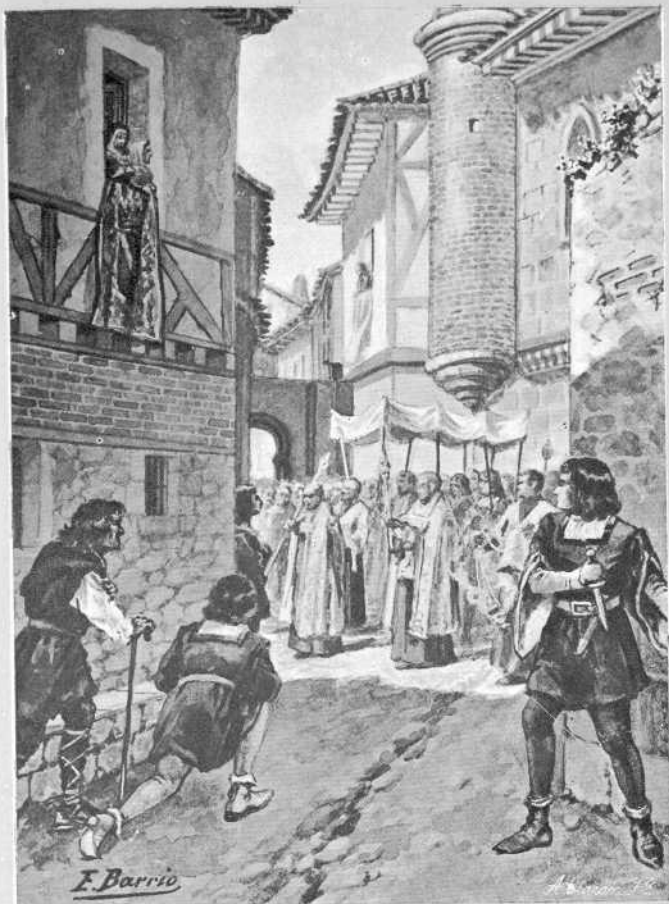
Había en Sevilla durante los primeros años de reinado de don Pedro el Cruel, una honrada familia de zapateros, cuyo jefe, Diego Pérez, anciano y achacoso, era tan leal al monarca, que ni con dádivas ni en fuerza de amenazas logró el canónigo don Juan de Colmenares hacerle entrar en la conspiración que dirigía y con la que un regicidio, ó al menos un destrocamiento, se intentaba.

Tenía el de Colmenares grande influencia en palacio, de tal suerte que ni Osorios, Guzmanes, Alburquerque y Coroneles le aventajaban en valía y favor, sin que nadie sospechase, vista su aparente lealtad, con grandes protestas dicha y en ciertos hechos probada,

que fuera uno de los partidarios del bastardo conde de Trastamara; por lo que un día, queriendo pagar servicios tan fieles, ordenó el rey que la Tesorería le diese una prebenda en la Catedral, y así paró don Juan de palatino en canónigo, cambiando el jubón de terciopelo y el capotillo carmesí por el bonete y el ropón.

No bastó, empero, tan señalada merced para evitar que Colmenares siguiera minando el trono, á cuyo fin reclutó gentes de toda suerte y condición y quiso también acercar á sí á Diego Pérez, en quien, para ello, hubo de depositar el secreto de la misteriosa conspiración; mas como viese que el zapatero se negaba á cometer traición contra el monarca, resolvió matarle, cosa que no le fué muy árdua, y una noche consumó, amparado en el embozo del ferreruelo y en las sombras de una apartada calleja.

Tanto el estoque hundió Colmenares en el costado del viejo y tan grande fué la herida, que el honrado Pérez sólo tuvo lugar de entrar en su casa murmurando el nombre del asesino, lo cual no fué poco, pues la Justicia no tuvo precisión de complicar sumarios ni amontonar testimonios para juzgar el hecho, y así, hubo de condenar al canónigo; pero, rico éste y dé-



... en una calle por donde había de pasar la procesión ...

biles y pocos los jueces, mediando las doblas con abundancia y no escaseando las intrigas, se impuso á don Juan el castigo de "no asistir durante un año á coro, cobrando, no obstante, su renta canonical."

Ante tal guisa de justicias, el hijo del zapatero, Blas Pérez, concibió la venganza, ya que burlado se veía en la reparación, y dispuesto á no dejar impune un delito que á él y á su hermana en orfandad les pusiera, apostóse el día del Corpus en una calle por donde había de pasar la procesión, que el rey presidiría, como costumbre era, rodeado del cabildo. A poco rato de espera, tras de músicos, hidalgos, nobles y clérigos, apareció don Pedro bajo palio; en torno suyo iba el capítulo y entre este veíase á don Juan de Colmenares, que aquel día abandonaba por primera vez su casa, no porque hubiere cumplido ya el castigo, sino porque *doblas redimen culpas si se confiesan doradas*.

Al pasar la brillante comitiva por frente al alcázar. asomóse á uno de los balcones doña María de Padilla, en quien la belleza, con ser muy grande, no aventajaba á la virtud, á pesar de que muchas culpas del rey tuvieron por origen la posesión de la dama de Alburquerque. Hizo vénia D. Pedro á esta y ella, al respon-

derle, dejó caer uno de sus guantes, á recoger el cual adelantóse Colmenares; mas no bien se hubo separado del monarca cuatro pasos, cuando Blas Pérez se arrojó sobre él y le asestó dos puñaladas en el pecho que la muerte le causaron.

Prodújose con el suceso grande alboroto, y Blas, entre los soldados que le asieron, quedó frente al monarca, que iracundo y lleno de furias miraba su sereno talante.

—¿Quién eres?—le preguntó.

A lo que el mozo, con voz tranquila, dió la respuesta.

—Blas Pérez me llamo.

—Y estando aquí tu rey—añadió éste—¿por qué no le hablaste, si en ocasión te hallabas de que con Don Juan de Colmenares se hiciese justicia?

—Mató á mi padre, señor,—dijo Blas—y el tribunal, pagado con sus doblas, le condenó á ser privado del coro durante un año, más cobrando su prebenda.

Calló al oírlo D. Pedro, y cuando las gentes esperaban de su voz una sentencia de muerte, el monarca volvió á preguntar:

—¿Qué oficio tienes?

—Soy zapatero, señor.

—Pues bien,—añadió el rey—no se dirá nunca que en mi sentencia prefiero á ninguno de los dos. Si él con no rezar en un año pagaba su delito, tú pagaras el tuyo no haciendo zapatos en un año.

Y dando á Blas Pérez un bolsillo de oro, ordenó que la procesión siguiese su marcha...

Esta misma historia, con ligeras modificaciones, sirve de fundamento á la primera parte del famoso drama "El zapatero y el rey.,,





Los borceguíes de Enrique II ::

Refiere la Historia que después de asesinado en Montiel el rey D. Pedro, su hermano y asesino, el bastardo D. Enrique, ocupó el trono si no en gracia de Dios, en paz al menos, y añaden los cronicones que á Castilla dió prez y engrandecimiento, logrando para sí fama de liberal y recto y bienandanza para sus vasallos, todo lo cual veíalo el rey de Granada, que aliado y amigo fué siempre de D. Pedro, con ciertos recelos, pues sospechaba que la memoria de la referida alianza y el manifiesto rencor con que habíala siempre visto el de Trastamara, produjeran en el ánimo de éste intenciones de invadir las granadinas tierras.

Así, pues, el moro, deseando ganar á D. Enrique



por la mano, resolvió confiar á la astucia lo que á las armas no podía confiar, y con tal fin, buscó entre sus vasallos uno de quien en ciencia, valor y malas artes se contaban raros hechos, el cual, si por sus secretos era el más diestro de los magos, era por sus lealtades el mejor de los amigos del monarca musulman.

El tal era, pues, el mismo que una tarde plácida de Abril, cuando el rey castellano hallábase en Santo Domingo de la Calzada celebrando con cañas, músicas y luminarias sus paces con el navarro, salióle al encuentro y mostróse de tal modo sagaz, que D. Enrique como al mejor aliado le recibió y como al más noble de los amigos le tuvo desde aquel momento, no sin que los cortesanos hubieren murmuraciones, de amistad tan repentina y profundamente tratada.

Fué el moro harto liberal y espléndido con el cristiano y no lo fué menos éste con aquél; y así, al mismo tiempo que el uno recibía magníficos presentes orientales, el otro alcanzaba honores, privilegios y rentas y estancia tenía en palacio, donde todo era festejos, y sitio en la mesa real, donde nunca banquetes faltaban.

Ninguno, empero, de los regalos que del moro recibió D. Enrique, alegró tanto á este como unos



... unos borcegués abotonados con perlas ...

borceguíes, abotonados con perlas y hebillados con rubís, entre mil primorosos bordados que guarnecían la riquísima y perfumada piel blanca de que estaban hechos. Fué tan grande el gozo que experimentó en su ánimo el rey de Castilla al ver el presente, que dispuso para aquel mismo día una partida de caza, en honra del que con tal esplendidez le honraba y con afán de lucir los valiosos borceguíes moriscos.

Fuerza es confesar que aquella fiesta fué una de las más brillantes que la cetrería recuerda, pues si afamaronla con sus habilidades rey y moro, cortesanos y cazadores, también la afamó el sol, que rápidamente fuese obscureciendo, hasta el punto de que en pleno día lucieron las estrellas.

Sorprendidos los cristianos de tan extraño suceso, achacóse al fenómeno mal agüero, y aunque el moro, ducho en astrología, explicó el eclipse, á nadie se vió desde aquel momento despreocupado y animoso; la comitiva hubo de regresar torva y sombría y el rey quejóse de cansancio y malestar en los pies y tras una noche de inquietud, no pudo al día siguiente abandonar el lecho, conviniendo los galenos palatinos en que padecía mal de gota.

Nueve días pasó el monarca postrado y cuantos remedios sirviéronle los doctores y el moro, que tambien de medicinas sabía, resultaron inútiles, no produciendo más efecto que el de convencer al monarca de que la muerte le asaltaba por los pies.

Así en efecto sucedió: al rayar la aurora del día décimo, expiró D. Enrique, sin que de nada valieran cuantos medicamentos y drogas le recetase, preparara é hiciere tomar el moro con la más tierna solicitud y el más constante desvelo.

El funesto agüero de haberse apagado el sol durante la cetrería fué señalado por el vulgo como anuncio de muerte para el monarca, pero más en lo cierto púsose quien observó que desde el día en que don Enrique empezó á usar los borceguíes del moro, comenzó tambien á enfermar...





El capitán Montoya.

Una oscura noche otoñal y una tortuosa calleja toledana, vieron cómo allá, por los caballerosos tiempos caballerescos, acometieron fieramente seis embozados al muy noble Don Fadrique de Toledo, á su hija Diana y á un su viejo y desarmado servidor. Por cierto que mal hubiéranlo pasado los tres, á no haber acudido pronta y solícitamente el animoso capitán don César Gil de Montoya, quien en un momento despejó la calle y tendió en el suelo á dos de los embozados, para cuya muerte encubrir, cuando la justicia vino, repartió entre los corchetes dos bolsas tan llenas de oro como de valor estuvieron las dos estocadas que mataron á los misteriosos asaltantes.

Agradecido don Fadrique por favor tan señalado,

ofreció á Montoya la mano de Diana, y Montoya, que era tan amigo de aventuras como valiente, aceptóla sin reparos ni escrúpulos, por lo cual convínose el día del casamiento, que al decoro de la casa de Toledo debía corresponder y ser, por su esplendidez y noticia, asombro de la ciudad.

Hallábase el capitán por aquel entonces rondando las viejas tapias de un convento, en el que cierta monja llamada doña Inés de Alvarado, más amiga del mundo que del cláustro y de aquel á viva fuerza sacada y en éste por viva fuerza metida, hábiale sorbido el seso con sus encantos y hermosuras, y él sorbido también el de la liviana religiosa con sus galantes acechos; por más que amigo tenía don César que aseguraba no ser cierto el amor á la enclaustrada y sí obedecer á una apuesta hecha con un caballero.

No pasaron muchos días sin que llegase el señalado para la boda, ó para decir mejor, la noche precedente, que para el caso es igual, ya que en ella y en el palacio de D. Fadrique, que ardía en fiesta y luminarias, habían de celebrarse los contratos de matrimonio. A eso de las doce, presentóse el capitán en la suntuosa morada y firmó tales contratos, dejándose

para la hora de amanecer la ceremonia religiosa y ausentándose de nuevo D. César, porque así lo requería cierto ineludible asunto que en aquella misma noche debía solventar.

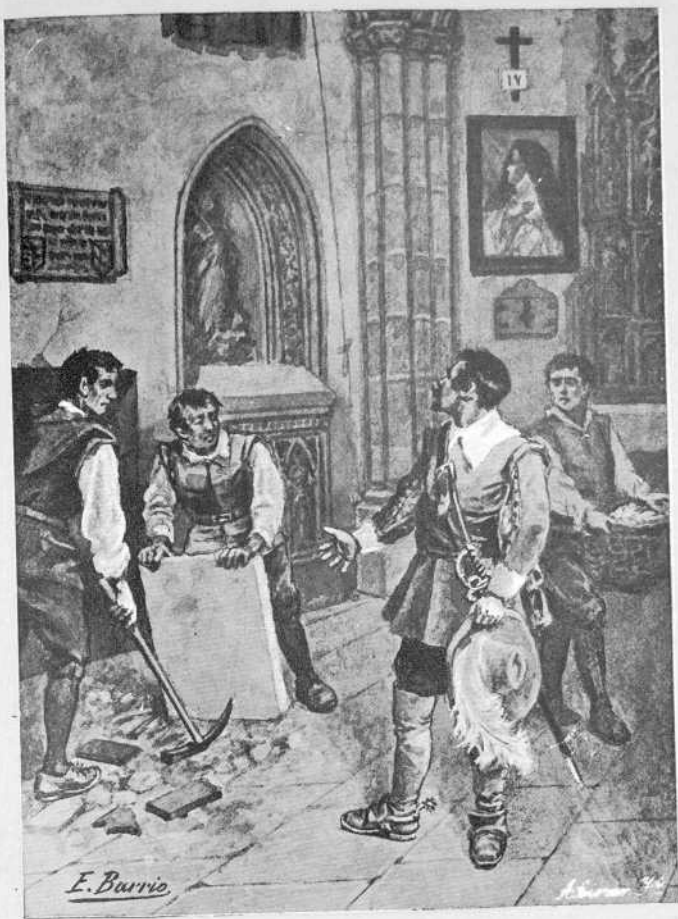
Asunto era aquel por demás atrevido, y aunque de poco riesgo, arriesgado, puesto que tratábase nada menos que de sacar á la monja de su claustro; y que en ello estaba empeñada la voluntad del galán y tal vez la de la religiosa, probábalo el hecho de que don César dirigióse al convento con un criado y tres caballos. No quiso, empero, compañía ni testigo en su audaz empresa, y al llegar á una cruz que dividía en dos el camino, ordenó á su sirviente que allí le esperase, mientras él la empresa realizaba.

Llegó solo, pues, á la puerta de la monjil mansión y empujando aquella, entró en ésta, hallándose sin saber cómo en el templo, donde un severo féretro se veía, un muerto encerrado en él, muchos monjes salmodiando y rezando muchos fieles. Extrañóse sobremanera el capitán de que á tales horas se hicieran funerales y deseando saber quién era el muerto al que de tal modo se honraba, acercóse á un enlutado y se lo preguntó.

—Es el capitán Montoya. ¿Le conoceis?— dijo el enlutado, y Montoya, que tal oyó, quedó mudo de asombro un instante, pero recobrando sus ánimos enseguida y atribuyendo á chanza la respuesta, suponiendo que el enlutado le había conocido, siguió recorriendo la iglesia; y al ver que en una de las capillas varios sepultureros preparaban un nicho, se dirigió á ellos y les preguntó para quién abrían la sepultura.

—Para el capitán Montoya—le respondieron.

Y al capitán volvió á mudársele el color, pero otra vez se repuso y cuando por la tercera hubo oído lo mismo, se acercó al catafalco y atropellando á los monjes que le rodeaban, trepó á él, destapó la caja y con indecible angustia vió dentro de ella su propio cadáver. Mas aún, terco y descreído, no hubo de convencerse, y volviendo y revolviendo estaba el inanimado cuerpo, cuando observó que el duelo se despedía á las puertas de la iglesia, y que en el duelo y llenos de él, estaban D. Fadrique y Diana, y que en lo alto del presbiterio, tras la reja de la clausura, tendíale los brazos D.^a Inés de Alvarado y que un siniestro fantasma se acercaba á él y quería de por fuerza llevarle á la sepultura.



—«Para el Capitán Montoya»—le respondieron.

Sin poderse ya valer, D. César cayó al suelo, desvanecido, y cuando despertó, hallóse en brazos de su criado, quien al notar la tardanza del capitán, habíase entrado en el templo y encontrándole allí, faltó de aliento y sentido, junto al altar mayor.

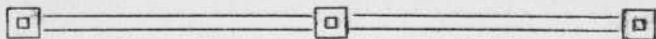
No quiso Montoya descubrir á nadie el secreto de su fantástica visión, ni al mismo D. Fadrique siquiera, á pesar de que devolviéndole toda clase de promesas y apalabramientos, renunció á casarse con Diana. Empero, como mejor desagravio y único descargo, dió al de Toledo las llaves de sus caudales, encomendándole que de ellos hiciera tres partes, una para su criado, otra para la fundación de un hospital y la tercera para D. Luis de Alvarado, por haber perdido la apuesta que con tal caballero entablase, de robar á una monja el día mismo de su casamiento, no sin confiar antes á D. Fadrique que no dijese á D. Luis que era la propia hermana de éste la que se propuso robar.

Después, refugióse el capitán en un convento de capuchinos, y el tiempo que todo lo borra, había borrado ya la memoria de sus audaces aventuras y tal vez hubiera hecho lo propio con el secreto de la visión,

á no haberse puesto en lance y trance de muerte don Fadrique y necesitado de un fraile que le asistiera en sus momentos últimos. Llamó, pues, la familia al religioso y el propio Montoya, que tal y quien era, presentóse, y moribundo y auxiliar recibiéronse mútua confesión de culpas.

Así y solo así, se conoció la causa de por qué el animoso capitán Montoya tornóse fraile.





Una aventura de 1360 : : :

Por ese año, los franciscanos de Sevilla poseían un aljibe, cuyas abundantes aguas podían utilizar los vecinos en otros tiempos, pero que por aquel entonces reservábanse los frailes para el servicio del convento, tomando la reserva tan á punta de lanza, que en modo alguno permitían que nadie, fuere quien fuere y ostentare los títulos y prerrogativas que ostentare, se acercara á la fuente, por lo que tal prohibición, llevada á tan rigurosos términos, originó frecuentes altercados entre los religiosos y el pueblo.

Querían las gentes servirse á toda costa del agua del aljibe, y á este fin, trataban de que las puertas del convento no se cerrasen de día ni de noche, pues así en su beneficio y comodidad redundaba, pero los

monjes se oponían á ambas pretensiones, alegando derechos para la primera y el cumplimiento de la regla de la Orden en lo que á la segunda se refiere.

Así, menudeaban de una á otra parte las provocaciones, pues nadie daba quietud á la lengua y el que más y el que menos dejábala en libertad de dichos é insultos, por lo que las cosas iban de mal en peor, sin que bastase á arreglarlas el que el rey don Pedro diese la razón á las gentes contra los frailes, ya que tal razón sólo sirvió para aumentar la osadía de aquellas y la impaciencia de estos, y para que los vecinos pretendieran tomar el agua á viva fuerza y los capuchinos, á viva fuerza también, se opusieran.

Esto duró hasta que Andrés, entonces monje y hasta entonces soldado y hombre de formidable cuerpo y mano diestra en el manejo de las armas, dando en tierra con sus escrúpulos, empuñó la espada y salió en defensa de los suyos. Al principio, burláronse de él las gentes, pero tales mañas y ligereza se dió en repartir cintarazos, que despejó y guardó por sí solo la plazuela del convento, haciendo que nadie disputase á los frailes el manantial.

Tuvo don Pedro noticias de tan arriesgados y va-



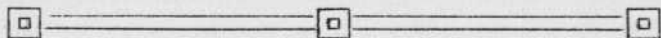
... guardó por sí solo la plazuela del convento...

lientes hechos, y quiso convencerse por sí mismo de que el ánimo de Andrés era tal y como se lo pintaba su confidente Benavides, para lo cual, una noche, cuando todo Sevilla era silencio y reposo, fuese en dirección al convento, de cuya puerta era constante guardián el monje Andrés, y hablando á éste, “Que iba —le dijo, sin darse á conocer— á tomar agua del aljibe,” con lo que ambos tuvieron cuestión y entablaron reyerta, durante la cual móstrose de tal guisa diestro y decidido el monje, que muy mal hubiéralo pasado el rey, de no haber dicho quién era.

Al oirlo, el religioso, temblando de miedo, pues que conocía sobradamente los severos castigos del monarca, se arrojó á los pies de éste y demandóle perdón, pero don Pedro le alzó bondadoso, estrechóle la mano y que le pidiera lo que deseara, le dijo, que por valiente se lo concedía.

Como es lógico suponer, el fraile pidió la propiedad para el convento de las aguas del aljibe, y el rey se lo otorgó, ofreciendo con ello una prueba más de rectitud para los historiadores que designan á aquel monarca con el sobrenombre del Justiciero.





Margarita la tornera.

No recuerdan los archivos cronicales de la sosegada ciudad de Palencia época alguna de amorosos escándalos y aventuras, tan señalada y notoria como la que con su licenciosa vida hizo famosa el rico y penden-ciero mozo don Juan de Alarcón.

Con arrogante figura de galán, desenfadado y sutil gracejo de parlador, abierta mano de generoso, espada lista y corazón valiente, temblábanle los embozados, esquivábanle las rondas y admirábanle las damas, de tal modo que marido no había que asegurada tuviese la suya cerca de don Juan, ni alguacil que no temiere las mañosas acometidas del reñidor mancebo cuando en medio de calle ó al pié de reja le hallára; y de nada sirvieron los consejos y las súplicas de que en extremo

pródigo mostróse don Gil de Alarcón para llevar por buenos caminos á su hijo, y de menos, que le enviára á Valladolid, en cuya famosa Universidad, fué, en vez de estudiante, *capataz de rebeldes y adalid de zambras, terror de bedeles y causador de bullas*, por lo que pronto hubo de ser obligado á que despejara sin dilaciones ni aplazamientos la ciudad, y así, volvió á Palencia, donde con tal pompa entró y con tales mañas justificó su regreso, que *tornóle el padre á sus brazos*, poniendo en ellos merced, olvido y perdón. Y así, pagóse más el mozo de sus hazañas y tomó nuevos ánimos para seguir las.

Estaba situada la vieja morada de la familia Alarcón, en la que hoy se nombra calle de Burgos, y tenía enfrente un convento de monjas, *cuyo esquilón repicaba dos veces en cada hora*, y don Gil, hombre devoto, tanto alegrábase de aquella religiosa vecindad como don Juan enojábase, lamentando que en toda la calle no hubiese una sola reja *útil á cita ni á ronda*, por lo que menudeaban los más sabrosos diálogos entre padre é hijo, pues mientras aquel gustaba de rezos y misas, éste fraguaba acechos á las monjas, rondando celosías y troneras y apostándose de continuo al pié

del coro ó llamando al torno, sin que otras cosas viera que unas tocas blancas ni otra voz oyere que una gangosa y mística, que *olía á vieja y sonaba á campana rota* y que jamás acorde respondía á lo que él con intención aviesa preguntaba.

Resuelto iba ya estando el mozo á desistir de sus planes, que consideraba fracasados, cuando un incidente le hizo redoblar el asedio, poniéndole en un camino harto favorable. Ese incidente acaeció como sigue: llevóle un día su padre á Misa de alba, y él desatento á la misa é irrespetuoso al templo, recostóse en la verja del coro y de tal suerte dejó vagar sus ímpíos pensamientos y tan absorto estaba en sus visiones, que cuando el sacerdote alzaba ya la sagrada Forma, continuaba don Juan en pié, con escándalo del pueblo. Entonces sintió á sus espaldas una *limpia, sonora y argentina* voccecita que le dijo: "*De rodillas, caballero, que están alzando la Hostia.*„ De hinojos postróse el mancebo, más á la advertencia que al fervor atento, y deseando averiguar de quién aquella fuera venida, volvió la cabeza y tropezaron sus ojos con la mirada de una monja, que, avergonzada, bajó los suyos, humilló después la frente y besó por último las frías losas de

la iglesia. Don Juan, siempre osado, la preguntó entonces si era la superiora, á lo que la hermana respondió ser la tornera y quiso retirarse, pero el mozo la llamó y dijo que de un asunto gravísimo que afectaba á la mayor honra de Díos y de la Comunidad, deseaba hablarle con grandes urgencias. Alarmóse, al oirlo, la inocente religiosa, pero Alarcón, después de recomendarla discreciones y reservas, añadió que alguien, dentro de la casa conventual, debía secundar sus planes, por lo que la rogó le escuchase á solas en una hora convenida, escogiendo la tornera la de maitines, que aquella noche la correspondía rezar, desde la reja de una de las capillas, y prometiéndole estar pronta al primer toque de campana.

Despidiéronse, pues, y don Juan mostróse satisfechísimo de la aventura, no faltando, como de suponer es, á la cita y dándose tales mañas, que en aquella y otras sucesivas noches, logró adueñarse del corazón de la monja Margarita, que sin haber cumplido aún diez y siete primaveras é ignorante de las perfidias humanas, dejándose arrastrar por las mil halagüeñas pinturas que el galán le hiciera y por las dulces palabras de su boca, sintió debilitarse en la fé, y en verdad, que tanto como



— «De rodillas, caballero, que están alzando la Hostia.»

las ajenas solicitudes del mozo, hizo la propia tentación en la débil ánima de la tornera, y así, engañándose y dejándose engañar, una noche, de común acuerdo, debía Margarita abandonar el cláustro y correr á los brazos de don Juan, que para librarla de mil calamitosos riesgos esperábanla impacientes tras las tapias del jardín.

La noche aplazada era fría y oscura y el aire revuelto anunciaba temeroso la tormenta. El convento dormía en el silencio, y por los cláustros vagaban las sombras, que desaparecían de cuando en vez un instante á la súbita luz de los relámpagos.

En tanto, Margarita esperaba en su celda la hora de la huída, alentado su deseo por infantiles ilusiones, nunca gustadas, y oprimido su corazón por un vago remordimiento. Y así, recostada en su lecho, sin apagar la bujía, luchaba á solas entre el ánsia de volar adonde el galán estaba y el pesar que le producía abandonar aquellas sagradas mansiones, donde plácida y venturosa trascurriera su niñez. Mas llegó la hora de la partida y ya no dudó: cautelosa y tímida salió de su celda, cruzó á tientas el solitario cláustro y oyendo en un postigo inmediato la seña del mozo, ganó con pié rá-

pido el último aposento y á poner iba su planta fuera del sacro recinto, cuando en una galería lejana alcanzó á ver una luz...

Al llegar á este pasaje de la leyenda, no podemos resistir al deseo de copiar íntegra la maravillosa descripción que el poeta hace de la despedida de la monja, y vamos á reproducirla, en la seguridad de que el lector habrá de agradecernos que le evitemos unos instantes nuestra desaliñada prosa y le sirvamos á cambio uno de los más hermosos períodos que tiene la poesía española.

“Detúvose á los reflejos
de aquella luz solitaria,
y lágrima involuntaria
sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
por una dulce memoria,
y al cláustro precipitada
la pobre niña volvió.

Por imbécil ó insensible
corazón vil que se tenga,
fuerza es que alguna mantenga
consoladora ilusión;

y por más que sea odiosa
la mansión donde se pasa
la vida, siempre á la casa
se apega nuestra afición.

Siempre, aunque sea una cárcel,
hay un rincón olvidado
do alguna vez se ha gozado
un instante de placer,
y al dejarle para siempre,
conociendo que le amamos,
un ¡adiós! triste le damos
sin podernos contener.

Margarita que encerrada
pasó en el claustro su vida,
á dar una despedida
tornó á su amado rincón;
porque en la virtud criada
y segura en su creencia,
uno buscó en su inocencia
su cándido corazón.

En un altarcillo humilde,
en un corredor alzado,
de flores siempre adornado

y alumbrado de un farol,
de una Concepción había
primorosa imagen una,
á quien calzaba la luna
y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
mas la escultura divina
tan bella y tan peregrina,
que era imposible pasar
por delante sin que un punto
el celestial sentimiento
de su rostro, el pensamiento
se gozára en contemplar.

Y aquel fué de Margarita
el rincón privilegiado;
ni una noche se ha pasado
mientras en el cláustro vivió,
en que allí no haya venido
humildemente á portarse,
y en manos á encomendarse
de la que nunca pecó.

La pobre niña, agobiada
de soledad y fatiga,

buscó en su encierro una amiga
en quien creer y esperar;
y hallando aquella escultura
tan amorosa y tan bella,
partió su amistad con ella
y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
la hizo ramilletes bellos,
puso escondidos en ellos
aromas de grato olor;
tendió á sus pies una alfombra,
y en un farol que ponía
conservaba una bujía
con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
aquella luz solitaria
vino la última plegaria
con lágrimas á exhalar,
y allí á la divina imagen,
con voz triste y lastimera,
le dijo de esta manera
de hinojos ante el altar.

“Ya ves que al fin es preciso

que deje yo tu convento,
mas ya sabes que lo siento,
¡oh Virgen mía! por tí.

Y puesto que de él sacarte
no puedo en mi compañía,
no me abandones María,
y no te olvides de mí.

¡Ojalá entre mis hermanas
hubiera otra Margarita
que con tu imagen bendita
obrara como ella obró!
¡Ojalá esta luz postrera
que en esta noche te enciendo
estuviera siempre ardiendo
mientras te faltara yo!

Mas ¡ay! ninguna te quiere
como yo, y son mis angustias
pensar que estas flores místicas
á tus pies se quedarán,
y se apagará esa vela,
se ajarán tus vestiduras,
y los que pasen á oscuras
tu hermosura no verán.

Al fin yo parto, Señora;
 mi confianza en tí sabes,
 en prueba toma esas llaves
 que conservo en mi poder.
 Guárdalas: otra tornera
 elige á tu gusto ahora,
 y el cielo quiera, Señora,
 que nos volvamos á ver.“

Asi Margarita hablando,
 con lágrimas en los ojos
 ante la imagen de hinojos
 los sacros piés la besó:
 y dejándola las llaves
 y encendida la bujía,
 traspuso la galería,
 ganó el jardín y partió....“

Partieron, debemos decir nosotros, pues que á Margarita esperaba don Juan y ambos á Valladolid se encaminaron, donde hallóse Alarcón con su amigote don Gonzalo de Bustos, antiguo camarada de estudios y zambras y le invitó á ir con ellos á la Corte, donde á la sazón el Conde Duque de Olivares preparaba fiestas con las que hacer olvidar la muerte de Felipe III y desear



la venida del cuarto Felipe, lo cual aceptado por el de Bustos, seis meses pasaron entre desatinos y locuras los amantes y el amigo, pero trocada al fin para todos la fortuna y disipado el oro, mostróse muy dudosa la amistad entre los dos mozos y mostróse también muy dudoso el amor entre los dos enamorados, pues despreciada la niña y despreciativo el galán, pensó éste más en otras doncellas que en Margarita pensara; y una noche que jugó, ganó y cobró grandes sumas, dióse en conquistar á una bailarina apodada la Sirena, asaz famosa por aquel entonces, y tales mañas y artes empleó para la conquista, que obtuvo venia de cenar á la siguiente noche con la gentil danzadora, aunque no á solas, sino á presencia de don Gonzalo y de una dueña que á la dama servía y lo era acaso de sus caudales como de su voluntad.

Fué muy alegre y divertido el banquete, pues durante él, tocó don Juan, bailó la Sirena, aplaudió don Gonzalo y emborracháronse todos y más que los dos primeros el último, en cuya boca puso el vino la indiscreción de nombrar á Margarita y el deseo de hacerla su manceba, á lo que don Juan no se opuso, recomendándole empero que cuando se hastiase de la

posesión, devolviese la monja al convento de Jesús, de Palencia.

Don Gonzalo, que ignoraba que de tan sagrado lugar hubiese salido la amante de Alarcón, púsose lívido al oír tal comienda, pues en el mismo convento tenía él una hermana á quien de niña recluyera, para burlarle la herencia, y preguntó cuál era el apellido de la monja, temiendo que ésta fuera su hermana, como en efecto lo era, pues don Juan descubrió en el de Margarita el mismo apellido de don Gonzalo, con lo que éste desafió al burlador y ambos salieron á la calle y muerto quedó Bustos sobre las losas de una oscura encrucijada, y dirigiéndose Alarcón á su casa, dió á Margarita la orden de partir al amanecer, para evitar tropiezos con justicias.

Andando sin tino ni destino, llegaron, después de unos días, á la posada de un pueblo no lejano de Dueñas y allí pasaron aquella noche, mas al levantarse por la mañana encontróse Margarita sola, pues su amante había huído en pos de la Sirena y dejándola abandonada.

Lloró la niña el desvío, consoláronla los viandantes y dos de estos condujéronla hasta Dueñas, de donde

ella trasladóse á Palencia, creyendo que en esta ciudad hallaríase Alarcón, y era tan grande y honda su creencia que desde que llegó, apostábase frente á la casa del mancebo con la esperanza de verle; y una tarde lluviosa de Junio, la pobre Margarita, para librarse del aguacero, entró en el convento que de refugio le sirvió en días más venturosos.

El silencio del templo, la profunda oscuridad con que en vano luchaba la lámpara del sagrario y la mística calma que en derredor suyo había, despertaron en Margarita dulces recuerdos de aquella edad dichosa, en la que ella había tejido ramilletes y bordado tocas y encendido las luces del altar, y *suspiró por otra vida sin bullicio y sin afán*, desengañada de la que con sus festines y sus placeres impuros habíala ofrecido Alarcón.

Y al llegar á este nuevo paraje, y aún á trueque de que lectores poco piadosos crean que lo hacemos para evitarnos trabajo, no podemos resistir á la tentación de enmudecer para dejar hablar á la musa incomparable de Zorrilla. que en la descripción de este legendario episodio muéstrase galana siempre y alcanza á veces la cumbre de la sublimidad. Dice así nuestro poeta:

“La soledad de su celda,
el rumor santo y sonoro
de sus rezos en el coro
y la paz de su jardín,
el consuelo de una vida
con Dios á solas pasada,
de amor y mundo apartada,
que son delirios al fin.

Todo en tropel presentóse
á sus ojos tan risueño,
tan sabroso y halagüeño,
tan casto y tan seductor,
que en llanto de fé bañada,
dijo: “¡Ay de mí! ¿Quién pudiera
volverme á mi vida austera,
y á otro porvenir mejor?„

En esto, allá por el fondo
de una solitaria nave,
con paso tranquilo y grave
vió Margarita venir
una santa religiosa,
cuyo rostro no veía,
por una luz que traía

para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
tal vez la reconociera,
en su manto de manera
Margarita se envolvió,
que aunque de la monja incógnita
los pasos cerca sentía,
ella apenas la veía
hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,
y Margarita, al mirarla,
extrañó no recordarla
ni su faz reconocer.
“Será novicia (se dijo),
habrá al convento llegado
desde que yo le he dejado,
no puede otra cosa ser.”

La monja, en tanto, seguía
los altares arreglando,
y la seguía mirando
Margarita por detrás;
y hallaba en todo su cuerpo
un *no sé qué* de extrañeza,

que aumentaba su belleza
cuanto la miraba más.

Había cierto aire diáfano,
cierta luz en sus contornos,
que quedaba en los adornos
que tocaba por doquier;
de modo que en breve tiempo
que anduvo por los altares,
viéronse en ellos millares
de luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,
tan fosfórico y tan ténue,
que el templo seguía oscuro
y en silencio y soledad:
solo de la monja en torno
se notaba vaporosa,
teñida de azul y rosa,
una extraña claridad.

Llegaba hasta Margarita
á pesar de la distancia,
de las flores la fragancia
que ponía en el altar,
y ó un inefable sueño

le embargaba los sentidos,
ó escuchaban sus oídos
música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible
y aquel olor de las flores
y aquellos mil resplandores
la embriagaban de placer;
mas todo pasaba en ella
tranquila y naturalmente,
cambiándola interiormente,
regenerando su ser.

Olvidó la hermosa niña
sus pasadas amarguras,
sintió en sí castas y puras
mil intenciones bullir,
mil imágenes de dicha,
de soledad y de calma,
que pintaron en su alma
venturoso un porvenir.

.

Tomó al fin su luz la monja
y por la iglesia cruzando
pasó á su lado rozando

con sus ropas al pasar,
y sin poder Margarita
resistir su oculto encanto,
asióla al pasar del manto,
mas sin fuerza para hablar.

“¿Qué me queréis?” con acento
dulcísimo preguntóla
la monja. “¿Me dejáis sola,
dijo Margarita, así?”

—Si no tenéis más amparo,
contestó la religiosa,
en noche tan tormentosa,
venid al claustro tras mí.

—¡Oh, imposible!

—Si os importa
hablar con alguna hermana,
volved, si gustáis, mañana.

—Yo hablará...

—¿Con quién?

—Con vos.

—Decid pues.

—No sé qué empacho...
la voz al hablar me quita...

¿Cómo os llamas?

—Margarita.

—¡El mismo nombre las dos!

—¿Así os llamas?

—Sí, señora;

y en otro tiempo yo era...

¿Qué oficio teneis?

—Tornera.

—¡Tornera! ¿Cuánto tiempo ha?

—Cerca de un año.

—¡De un año!

—Diez llevo en este convento,
y en este mismo momento
cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita
su misma historia escuchando,
y el tiempo á solas contando
que oyó á la monja marcar.
Su mismo nombre tenía
y su misma edad, y era
como ella un año tornera
y diez monja... ¿Qué pensar?

Alzó los ojos por último

Margarita á su semblante,
y de sí misma delante
asombrada se encontró;
que aquella ante quien estaba,
su mismo rostro llevaba
y era ella misma., ó su imagen
que en el convento quedó.

Margarita comprendió entonces quien era aquella religiosa que de tal suerte la cautivara y en tal guisa la confundiera. Ella, al huir del convento, habíase puesto bajo la protección de la Virgen y entregádola sus llaves de tornera, y la Virgen, tomando su misma forma, la había sustituido, para que la huída no se notase. Y cuando Margarita, de hinojos en tierra y hundido en el polvo la frente, oraba y lloraba, la Virgen la entregó sus vestiduras, envolviéndola en su manto y cubriendo su cabeza con la toca, y así la dijo:

“Te acojiste al huir bajo mi amparo
y no te avandoné: ve todavía
ante mi altar ardiendo tu bujía:
yo ocupé tu lugar, piensa tú en mí.”

Y desapareció la Virgen. Y Margarita corrió á su altar amado y aún encontró en él encendida la bujía.

que ella pusiera y sin marchitar las flores de que su mano tejiera un ramillete.

No creo que te interese, lector, saber el fin que cupo á don Juan de Alarcón; á mí tampoco me interesó jamás. Leílo una vez, para enterarme, y no he vuelto á leerlo. En cambio, la leyenda de *Margarita la tornera* cientos de veces la tengo recitada, pues que de memoria la sé, y en cuantas ocasiones he entrado en el austero templo de las Clarisas de Palencia, donde diz que Margarita estuvo, he sentido un noble estremecimiento de entusiasmo, y mis ojos han buscado el altar donde la monja venía á poner sus luces y sus flores.,..





Príncipe y Rey.

Cuéntase de Enrique IV, el último Trastámara, que en sus mocedades de príncipe fué tan amigo de galantear damas ajenas, que pocas eran las de sus nobles y servidores á quienes no hubiese acosado á paliques y lisonjas, cosas que si en labios villanos está expuesta á muchos y muy serios contratiempos y lances, en labios reales produce más frutos dulces que agrios, según aseguran los que de tales empresas han buena razón y conocimientos.

Pues bien, entre las cortesanas que el futuro monarca de los ramos de granado, prefirió, sino en sus amores, al menos en sus liviandades, había una que

era esposa del valeroso y buen duque don Rui Pero Sandoval y que no mucho se distinguía ciertamente por su lealtad á éste.

Doña Inés, que tal se nombraba la cortesana, no tuvo precisión de grandes esfuerzos y luchas para abandonar sus brazos en los del príncipe, y una vez rendida en ellos, tampoco paró demasiadas mientes y veladuras, por lo que no tardó el duque en enterarse del caso. Esto ocurrió un día en que escondido trás un tapiz, fué testigo de un infame coloquio entre los amantes, coloquio que comenzó don Enrique con la promesa de hacer morir á Rui Pero en la primera excepción en que incurriere, y terminó con el convenio de una cita para aquella misma noche en el propio aposento de la dama.

Tenía don Enrique una hermana, doncellita de diez y siete abriles y de nombre Clara, muy linda y virtuosa, y que á los duques profesaba y de ellos recibía grande cariño, de tal suerte que entrábase por el palacio de ellos como por el suyo y en él comía y dormía con harta frecuencia; y quiso el destino que aquella tarde, que era la de la amorosa cita, Clara hubiera estado jugando en el jardín de Rui Pero, y cuando ya, al ano-

checer, viera al príncipe su hermano llegar, adelantárase, inocente, para anunciárselo á doña Inés, que acodada en un balcón, dejaba vagar sus meláncolicas miradas por la espesura del huerto; mas no bien penetró la niña en la oscura y solitaria estancia, la puerta cerróse trás ella con violencia y estrépito, y una voz, la del duque, y un lamento, de Clara, resonaron simultáneos, y doña Inés, que escuchólos, aterrada salió al jardín, encomendando su salvación á los piés.

Llegó poco después la hora de la cita y acudió á ésta el príncipe, trepando por una escala de seda hasta la ventana convenida, y cuando ya creía hallarse cerca de los brazos de doña Inés, encontróse con la diestra de un caballero que escondiendo la catadura y entregándole un saquillo,—“tome lo que busca”—dijo y se ocultó enseguida, Hubo de bajar pues don Enrique y una vez en tierra, entre su amante, que había acudido á prevenirle, y su criado, que llegára á auxiliarle, se vió; entonces abrió el saco, encontrando dentro de él la hermosa cabeza de la inocente Clara.

Atónito quedóse el príncipe ante aquel sangriento despojo y comprendiendo desde luego que Rui Pero había errado la sentencia, sacrificando á la niña en vez

de sacrificar á la esposa infiel, concibió la idea de la venganza, que con el tiempo llegó á efectuarse.

Fué esto muchos años después, cuando ya hacía algunos que el príncipe se tornara en rey y el duque, huído durante luengos días en tierras de Flandes, hallábase de nuevo en la corte, asombrándola con sus proezas é intrigándola con su misterio, pues buen cuidado tuvo á su regreso de ocultar nombre y condición, haciéndose pasar por un guerrero flamenco de humilde ó nula prosapia, sin divisa en el escudo ni pergaminos en el archivo; y á decir verdad, tal fuera la intriga, que habíase levantado grande revuelo entre los nobles con la presencia del desconocido caballero, no habiendo en puridad poco de envidia en aquel revuelo, pues los hidalgos no veían con buenos ojos que el misterioso personaje fuese tan ducho en cortesías y en peleas, que las damas le admiraban y los hombres le temían; subiendo la envidia de punto cuando Rui Pero venció en el famosísimo paso de armas de don Beltrán de la Cueva, al terminar el cual paso, había tenido la osadía de ofrecer el brazo á la reina, sin que el mismo rey se atreviera á impedirlo, pretextando en su confusión que tales distinciones y



... y entregándole un saquillo. — «Tome lo que busca» dijo.

otras más señaladas merecía el vencedor de aquel singular torneo.

No debió el duque, sin embargo, ocultar á todo prójimo su verdadero nombre, pues don Enrique supo quién era y acaso más de lo que á Rui Pero hubiere interesado que se supiera, ya que en los planes suyos entraba devolver deshonra por deshonra, si podía, ó procurar venganza, si tal devolución no le fuese propicia. Por aquel entonces, ya el rey habíase olvidado de los amores de doña Inés, de manera tan evidente, que aunque la bella dama, de continuo y enamorada acaso, importunábale, nada conseguía más que desprecios, hasta que un día recibió por medio del intrigante don Beltrán orden precisa de trasladarse á Portugal, á cuyo reino había de acompañarla un cumplido caballero de la confianza y amistad del manarca; de la cual comisión fué encargado el propio duque, previa advertencia de exquisitos cuidados y entrega de un pliego y una caja, que no debieran abrirse hasta llegar á tierra lusitana.

Don Rui Pero cumplió la misión al pie de la letra y no osó siquiera conocer el nombre de la dama que conducía, mas al poner la planta en Portugai, rasgó el

sobre que encerraba el pergamino y con indecible asombro leyó estas palabras, escritas de la real pluma:

“Mi valiente aventurero
don Rui Pero Sandoval,
pues según me son testigos
las justas de don Beltrán,
tanto os place los corceles
de nuestras damas guiar,
ahí lleváis á doña Inés,
á quien, en Dios y en verdad,
podéis adonde os contente
desde este punto llevar.

Y porque memoria mía
no os falte desde hoy jamás,
el regalo que me hicisteis
en ese cajón lleváis.

Mas os prevengo que cauto
no entréis en Castilla más,
que en ella os espera una horca
más alta que la de Amán.”

Trás leer este documento, quedó el duque un instante con los ojos desencajados y muda la lengua, pero volviendo enseguida á su acuerdo, corrió á la li-

tera, y rasgando, más que separando, el velo de la dama, encontróse frente á frente de su esposa y lanzó una maldición. Después, asió la caja que el rey le diera y arrojóla contra el suelo.

De la caja salió, rodando, la cabeza de la princesita Clara...





El caballero de la buena memoria : :

Derrotados los valientes comuneros en la sangrienta jornada de Villalar, retiróse á su palacio de Toledo la briosa y arrogante doña María de Padilla, no para llorar á su esposo, sino para reclutar gentes y reunir dineros con los que resistir al Emperador, que así mostrábase duro y enérgico con los vencidos como apacible y magnánimo manifestábase con los vencedores.

Muchos y muy leales eran ya los partidarios que rodeaban á la viuda de Padilla y entre ellos no era cuenta exígua la de las damas que á su lado habíanse también puesto, rindiendo á la virtuosa matrona toda suerte de respetos y adhesiones; empero, con todos haberla mucho, nadie sentía admiración tan ferviente por

la gloriosa heroína como doña Elvira de Montadas, mujer muy rica y hermosa, rodeada siempre de amantes y galanes, la cual doña Elvira, después que hubo reclutado con sus gracias, innumerables prosélitos, puso grande empeño en atraer á la causa de la de Padilla, á don Juan de Zamora, mancebo de noble casa, adinerado y gallardo, é hijo de una venerable viuda nombrada doña Inés de Zamora, que en el mozo adoraba con verdadera locura de madre y en una alquería próxima á Toledo vivía.

Había seguido siempre don Juan la causa del Emperador y combatido contra los comuneros en no pocas batallas, mas ciego de amor por doña Elvira y poco ducho en los cortesanos manejos, fué débil hasta el extremo de dejarse arrastrar por la de Montadas, la cual hubo de prometerle, si secundaba sus planes, palabra de casamiento, que era fingida y falta de buena intención, pues tal palabra habíasela empeñado mucho tiempo antes á don Pedro de Guzmán, soldado de poderoso brazo y caballero de ilustrísimo tronco, que á la sazón combatía en Alemania en favor de las pretensiones imperiales, viéndose espléndidamente remunerado por Carlos V., pues el monarca pagábale su lealtad con

señalados beneficios y honrábale con muy honda amistad.

Suponía, á buen seguro, doña Elvira que Guzmán no estaría pronto de regreso, pues tal los negocios andaban, que la guerra encarnizábase cada día más, y á tal suposición atenta y con ella contenta, recibió ofrecimientos del de Zamora, haciéndole á cambio de ellos la referida promesa de otorgarle su mano en matrimonio, y así, una noche puso al incauto mozo bajo las órdenes de un su leal confidente llamado Gabriel, á quien don Juan debería entregar en corto plazo las cincuenta lanzas que contaba y ofreciera y con quien salió después á la calle por un estrecho postigo que la mansión de doña Elvira tenía para secretos menesteres, poniendo ambos buen cuidado en ampararse de las sombras y de los embozos para no ser descubiertos. Mas quiso la desgracia que se hallase rondando la casa el propio don Pedro de Guzmán, que acababa de llegar de Alemania, el cual, viendo que los embozados salían de la vivienda de su prometida, sospechó de traiciones, y valiente y animoso como era, no tardó en hallar ocasión de reto y pelea, y ciertamente que seguridad grande tener debía en su brazo,

pues tanto don Juan como Gabriel lucharon de firme, aunque todo les resultó inútil, pues muerto quedó el primero y mal herido el segundo.

Este, al verse en trance doblemente apurado, pues que su compañero no daba señales de vida y él casi las daba de muerte, atronó el aire con sus gritos y demandas de auxilio, y como para acorrerle empezaran á abrirse postigos y rejas y se acercara la justicia, Guzmán huyó á todo correr y priesa y salió de la ciudad, seguido de cerca por golillas y corchetes.

Corrió sin guía alguna buen rato de tiempo y creíase ya libre, pues el rumor de la ronda sonaba lejano, cuando apareció, cortándole todo el camino, el Tajo, mas él no vaciló y al sentir de nuevo á sus espaldas las voces de sus perseguidores, se arrojó desesperado al agua y no sin grande esfuerzo pudo salir á la orilla opuesta del río, donde ya le aguardaba otro grupo de sabuesos, por lo cual, viéndose en peligro tan señalado, trepó rápido por las peñas y fué á dar á la alquería de doña Inés de Zamora, con cuyos sirvientes trabó disputa, pues quería á toda costa refugiarse en la granja y los criados se oponían, porque tal iba de mojado y roto que, más que un caballero, una mala persona parecía.

Al ruido de la disputa, salió de sus habitaciones doña Inés, á la que Guzmán refirió su lance y huida, y ella, encontrándole sincero y no sospechando que á su hijo acabase de dar muerte, le ocultó presurosa, prometiéndole además darle un caballo y unos dineros para que pudiera huir en cuanto el peligro fuese pasado, pues de esperar era que la justicia llegase en su busca, como así sucedió, porque á poco, los ronderos armados con desnudos sables y alumbrados con antorchas, se acercaron á la puerta de la alquería, dando voces y prometiendo registrar hasta el último rincón, para tener evidencias de que Guzmán no estaba allí.

Hormigueaban, como es natural, entre la turba de corchetes los curiosos y ya empezaba á decirse que aquella casa era refugio de comuneros y ya el alcalde alborotaba, pidiendo que se le entregase al fugitivo “en nombre del Rey,” cuando apareció en la puerta doña Inés de Zamora y atajando á justicias y villanos, dijo así:

—“¿Qué busca el Rey en mi casa?

¿Por qué tanta gente trae
cual si fuera mi alquería
castillo que va á asaltarle?

¿Desde cuándo se acostumbra
 que así á los nobles se trate,
 y en el nombre de las leyes
 sus aposentos se allanen?
 La justicia, enhorabuena,
 en nombre del Rey, que pase;
 mas los villanos del vulgo
 que se esperen en la calle.”

Y encarándose con el alcalde, que atónito la escuchaba, añadió:

“Señor golilla, al momento
 esa gente despejadme,
 porque desde vos abajo
 no he de responder á nadie.”

Muy aturdido quedóse el jefe de la ronda al encontrarse frente á una dama tan noble cuando creyó tener que habérselas con jayanes de baja estofa, por lo que después de demandar, solícito y respetuoso, perdón, hizo salir á los villanos y á solas quedándose con doña Inés, y al decirle ésta que pronta se hallaba para oír á la justicia y preguntarle qué era lo que de ella y su casa pedía el Rey, contestó:

—“Un asesino, señora,

que ha conseguido fugarse vadeando el río, esconderse debe por estos parajes.”

A lo que D.^a Inés respondió:

—“Supongo que la justicia tan poco honor no me hace que crea que yo le oculto contra el Rey para auxiliarle.”

Empero, invitó al justicia á registrar todas las cámaras, para que se convenciera de que el fugitivo no estaba oculto en ninguna.

Partió el golilla á hacer el registro y la generosa viuda dirigióse á su gabinete, donde se hallaba esperando Guzmán, á quien habló así:

—Decidme, caballero, ¿heristeis á vuestro adversario en riña noble y leal?

—Pedro de Guzmán, señora, me llamo,—respondió el caballero—*y nunca en lid alevosa tomaron parte Guzmanes.*

—Con vuestro apellido me sobra, Guzmán—concluyó la dama.—Tomad ese oro con el que tendréis por ahora bastante para poner os en cobro, y abajo os espera un caballo para que huyáis á mejor seguro.

Id, pues, con Dios y excusad agradecimientos, que el caso requiere priesas.

Y tomando una llave y una lámpara, disponíase á guiar al caballero, cuando en el patio de la casa dejöse oír grande tumulto, en el que gritos de espanto y de dolor mezclábanse.

En angustia púsose, al oírlo, la dama y queriendo saber á qué obedecía tan discordes confusión de lamentos, asomóse á un corredor que al patio daba; mas no bien lo hubo hecho, lanzó un doloroso grito, que á Guzmán heló en las venas toda la sangre.

—¡Es él!... ¡Hijo mío!—exclamó la dama, y el caballero, que presto hacia la ventana corrió, también atónito quedóse.

En brazos de los criados, hallábase muerto D. Juan de Zamora, y por las señas de sus ropas y figura, vió Guzmán que era el mismo con quien riñera pocas horas antes.

Cayó en un sillón doña Inés y de rodillas ante ella púsose el caballero.

—¿Qué haceis? — preguntó la dama, mirándole absorta.

—Matadme, señora, — respondió Guzmán — que

bien merecido lo tengo, ó entregadme á la justicia, ya que Dios en sus manos me arroja.

—¡Sí, sí! — exclamó, desatinada y furiosa doña Inés.—Es muy justo, que cualquier pena es pequeña para delito tan grande.

Y dirigióse al corredor para avisar á los corchetes; mas detuvóse enseguida porque un pensamiento de sublime generosidad se le llegó á la mente, y clavando la mirada en un Crucifijo que de la pared pendía, así dijo:

—Jamás un noble hace traición á su perdón. Levantaos, caballero, que la vista de esa divina imagen me ha iluminado y *pues os amparé ignorando vuestra culpa y mi congoja, no es justo que conociéndola os abandone traidora...* En nombre del Redentor, que dió su vida por salvarnos á los dos, id libre, Guzmán.

Pretendió hablar éste, pero la dama abrió la puerta por donde debía fugarse, y *mostrando con un gesto una escalerilla lóbrega, tomóla, asiendo la lámpara y el caballero siguióla.*

A los pocos momentos, volvió, pálida y acongojada, la generosa viuda, y cayendo de rodillas ante el Crucifijo, exclamó, al oír á don Pedro, que escapaba ya, libre:

—“¡Señor, si ese hombre lo olvida, tenédmelo en cuenta vos!

.....

Pasaron muchos años. Doña Inés de Zamora había sucumbido á su dolor, y Guzmán era en la Corte uno de los caballeros más cabales, bien mirado del Rey, amigo de los nobles, rico y liberal. Sin otra familia allegada que su hermano don Félix, mozo de quince años, *con buen humor, libre tiempo y oro largo que gastar*, dichoso debía ser y si no lo era, ¡vive Dios que sabía aparentarlo!, pues pasábase la vida de festín en festín y de bulla en bulla, admirado de las damas por lo galán, envidiado de los hombres por lo valiente, querido de los pobres por lo caritativo y respetado de todos.

Su hermano don Félix, á quien mucho quería, recibía de él bien cabal educación, *mas como la suya propia, educación militar*, gozando en ánimo de ambos especial predilección los caballos y las armas, las cañas y los toros, las cetrerías y los torneos, y como donde hay fiestas y quien las pague nunca faltan amigos para disfrutar en ellas, las que los hermanos Guzmán hacían para su solaz ó ejercicio, veíanse



... pero la dama abrió la puerta por donde debía fugarse ...

siempre muy concurridas de caballeros más ó menos caballeros é hidalgos menos ó más hidalgos, con grande recelo y disgusto de don Pedro, que en la amistad de bullas, como hombre avisado, no se fiaba, y con alegría no pequeña y manifiesta de don Félix. cuyos pocos años no le permitian aún ponderar el interés y la amistad en justa balanza.

Así ambos hermanos vivían entre bullicios y algazaras, sin que nadie tuviese en la Corte más apuros y aventuras que contar que don Pedro, ni nadie más oro prestado había y nunca podría cobrar, ni nadie, en fin, como él en gastar dineros y gozar fama de bravo y apuesto.

Don Félix seguía las máximas de su hermano y aún pretendía aventajarle en ciertas empresas, principalmente aquellas en que el amor andaba por medio. *Franco de alma y de jovial semblante*, sencillo en el vestir, aunque ataviado á la usanza de la Corte, pasaba por ser un bravo mozo, y *tal vez pagado él mismo de su belleza varonil*, aspiraba con loco é imposible amor al de doña Ana de Alarcón, y eran insensatos tales amores, porque esta noble doncella estaba prometida por su familia á un rico milanés, hombre muy ducho.



en intrigas y en quien el rumor público de que había llegado huido de su patria, no fué obstáculo para que en la Corte hubiese sido bien recibido, aún cuando recibimiento tan afectuoso tal vez dependía de que á los negocios de España más conviniese la amistad que la enemistad del milanés.

Imprudente, como en general todo mozo, D. Félix no usaba de recatos ni veladuras para rondar las rejas de doña Ana, acompañándole en tales rondas un su amigo llamado don Carlos de Avellaneda, que así pagábale favores recibidos y deudas no satisfechas y por todos sitios ensalzaba al de Guzmán con los más escogidos y fervientes elogios; pero la imprudencia de los mozos les condujo al peligro, pues una lóbrega noche, toparon de manos á boca con el milanés, al cual fuese con planta segura don Félix, mientras su acompañante y camarada quedábase en la esquina de la calle, y pidióle cortesmente que le dejase ésta libre, diciendo así:

—“Hidalgo, si grave empeño
tal vez no os lo dificulta,
dejadme libre un momento
la calle.

A lo que el milanés contestó, preguntando á su vez:

—Y ¿qué es lo que busca
en ella vuestra merced?

—Busco una casa.

—¿La suya
tal vez?

—Estime el hidalgo
la cortesía que se usa
con él, y responda atento,
que mi paciencia se apura.

—Perdone el buen caballero,
y eche adelante si gusta.

—Es que os habeis de apartar.

—Si haré.

—Gracias.“

Hizo punta el embozado hacia arriba y don Félix pasó una y otra y otra vez por frente á las rejas de doña Ana, mas ésta no asomó por ellas, y ya al mozo se le prensaba de celos el corazón y dispuesto se hallaba á hacer notar su presencia de cualquier forma, cuando acudió presuroso don Carlos, diciéndole:

—Huyamos pronto, don Félix, que el milanés tenía oculta su gente para dejarte pasar y con mano cierta,

encerrándote en la calle, darte frente á las rejas de doña Ana, muerte.

—*¿Estás seguro que es él?*

—Si, don Félix.

—*Ganemos, pues, la otra esquina,*—dijo Guzmán, y ambos echaron á andar presurosos, mas el intento fué inútil, pues no bien habían llegado á la encrucijada cuando dos aceros desnudos saliéronles al encuentro y con los suyos toparon. Defendiéronse bravamente los mozos, y mal, á buen seguro, lo habrían pasado quienes á acometerles vinieran. de no haber llegado por la espalda otras tres espadas que á don Félix y su amigo acometieron, y así, siendo cinco los enemigos, no les fué posible empresa la de vender cara su vida, siendo Guzmán el primero en perderla y Aguilera después.

Al alborear el siguiente día, unos hombres compasivos condujeron el cuerpo inanimado de don Félix á la casa de su hermano, quien al verlo, se entregó á tales trasportamientos de dolor, que pintar el suyo fuera en verdad imposible. Largo rato tuvo anudada la voz en la garganta y sobre los despojos de su hermano vertió llanto amarguísimo, *más luego que en su mente vi-*

nieron á ordenarse las ideas, y á su corazón, un instante adormecido, volvió el valor, tendió por el concurso enmudecido una mirada furiosa y preguntó con ronco acento quién había matado á su hermano, y como nadie le respondiera, á un alcalde de Corte que con gesto impasible y severo le había oído, y cuya ronda á don Félix recogiera, gritó de este modo:

—“Amigo soy del Rey, y pues tan nécia
 en los crímenes anda la justicia,
 sabrá el Rey que su ley se le desprecia
 y que el miedo la tuerce ó la malicia.”

Y volvía ya Guzmán la espalda, requiriendo de sus criados capa y acero, cuando el alcalde se le acercó y después de haberle exigido juramento de guardar reserva, así le dijo:

—Oídmeme, caballero; cuando acudí con mi ronda al sitio del lance, hallé al lado de vuestro hermano á su amigo D. Carlos de Avellaneda, que también herido estaba y luego murió, mas vivió lo bastante para decirme, jurándomelo por su fé de caballero, que quien les mató, con su gente y por la espalda, fué un milanés que habita en la Embajada de Inglaterra.

Calló un momento el golilla, pero enseguida añadió:

—Si sois tan grande amigo del Rey, á él solo decidsele, caballero, pues ya sabeis del milanés *que es hombre que por bueno pasar puede lo hecho...*

Inútil es decir, conociendo el violento carácter de Guzmán, que allí mismo, frente al cadáver de su hermano, concibió el pensamiento de la venganza, pues tanto quería á D. Félix que pareciale había de traicionar su cariño si dejase impune el crimen.

Y á la mano en pocos días la ocasión de vengarse le vino pronta, pues sucedió que paseando, seguido de un escudero, por las afueras de Recoletos, vió que del Prado llegaba sin camino una carroza, cuyas andaluzas yeguas torpe mano había desbocado. Considerando el peligro en que se hallaban los que dentro de la carroza iban, lanzóse Guzmán con su escudero á contener las dos poderosas bestias, y aunque el guía gritóles “¡Fuera! ¡Fuera!”, creyendo que con el espanto empeorarían los animales y sus dueños alcanzarían caída más peligrosa, D. Pedro y su criado, en un intento de riesgo y de arrojó, lograron asir las bridas rotas y dominar á las yeguas. Entonces, *saltó á tierra un caballero á la más extricta moda equipado*, y quiso dar las gracias á Guzmán, más no bien se hubo acer-

cado á este, cuando se vió aferrado violentamente por la gola, y oyó que su salvador le gritaba:

“¡Asesino, caiga en tí su sangre toda!”

El milanés, que no era otro quien dentro del carruaje habíase visto en peligro, palideció al hallarse frente á don Pedro, y dióse por muerto, mas Guzmán le soltó enseguida, y dando tregua á su cólera le dijo:

—“Hacia aquí apartaos;
veremos si vuestra hoja
corta igualmente de cara
como por la espalda corta.”—

Con lo que ambos echaron hacia Recoletos, donde protectora tapia amparóles y sacaron al aire sus tizonas bien fuera por la habilidad y la rabia que Guzmán mostraba ó por el miedo é impericia del milanés, lo cierto es que éste vióse pronto sin acero, por lo que tomó fuga deshonrosa, siendo perseguido por D. Pedro que de herirle trataba, conociendo lo cual el italiano, buscó refugio en una iglesia y á los pies de un crucifijo que en ella había se asió, como en demanda de perdón. Entró Guzmán tras él con ánimo feroz, pero viéndole abrazado á la sagrada imagen, se acordó de la

generosa dama doña Inés de Zamora, y soltando la espada, dijo al milanés:

—Id, caballero, que yo os dejo libre, pues que os vale la memoria de una santa mujer *que por mí osó hasta acción tan heróica*.

Y saludando reverente á la imagen, salió del templo.

El milanés refirió en la Corte el suceso, como hazaña milagrosa, y desde entonces todos conocieron á Don Pedro de Guzman por “el caballero de la buena memoria.”





El desafío del diablo: : : : : :

En la Corte, por los días del último Felipe, linda como un sol y dulce como una primavera, nació una doña Beatriz de Hínestrosa que á punto estuvo de no nacer y cuya madre, con temor de perderla antes de haberla logrado, hizo promesa de ella al Cielo si el Cielo no la malograba.

Aceptó el Señor la oferta, sin duda, y Beatriz de Hínestrosa nació al mundo, del que el amor maternal, en cruento sacrificio de un amor y de una vida, privárala para siempre.

Cuando aun, para no caerse, había de asir la niña con sus manecitas de muñeca el guardapiés de su rollona, ya ceñían su frente—como en la época no era

raro que aconteciese—las blancas tocas monjiles, que serían, por irremisible voto, su único tocado. Pero, en su feliz inconsciencia de niña, en que todo era azul y sonreía, los devotos hábitos, que aun no podían apesadumbrarla con el dolor de la renunciación, constituían para ella, al contrario, inocente motivo de ufanía.

Y llegó una noche en que, coronada bellamente de flores, Beatriz apeóse con su madre á la puerta del convento, y ambas lloraron largo espacio, abrazadas. Luego sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, miráronse dolorosamente, despidiéndose, y se oyó el trote de un coche alejarse por la calle.

Pasaron días y años. En la helada soledad de su celda, Beatriz languidecía. Al recuerdo de sus horas infantiles, horas con sol, con risas, con juegos y con cariños, su corazón, henchido de mil vagos anhelos, suspiraba por la libertad como pajarillo enjaulado. La húmeda sombra del claustro, igual que un pesado sudario, envolvía el alma enferma, tímida y débil de la novicia, y la novicia, abrasada por la fiebre las sienes, cada día más pálida, más enferma, más triste, sentía cómo su alma, extendiendo blandamente las alas, se preparaba á volar hacia lo Eterno...

Don Lucas de Hínestrosa, llegádole que hubo la mala nueva, se puso camino del convento y sacó de él á su hija, que llevóse á convalecer á las montañas de Córdoba, en la quinta, "saludable y frondosa", que poseía por aquel término.

Y dice de la monja el poeta:

"Allí en la extensa vega
que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,
ve cubrir la magnífica campiña
el apareado olivo siempre verde,
la rubia mies y la fecunda viña,
y la extendida pita
sembrada en los vallados,
y la roja amapola que se agita
dando aroma y color á los sembrados;
y las hojas pegadas
de los higos de tuna,
de los lagartos con pasión amadas,
y de la sorda abeja acariciadas.

Y ve los anchos sotos
y las verdes dehesas,
donde encerradas en campestres cotos
dan crías retozonas y traviesas

las generosas yeguas cordobesas.

Y ve la hermosa Beatriz pasmada,
desde aquellos peñascos donde habita,
la población morisca coronada
por la bella y más célebre mezquita
á los ginetes moros conquistada.

Y ve á sus piés en la montuosa tierra,
teatro un tiempo de azarosa guerra,
brotar continuamente,
cercados de silvestres florecillas,
ya el manantial de rumorosa fuente,
ya corpulentos robles,
ya enlazada á las hayas amarillas
con recios brazos y con nudos dobles
la cariñosa yedra
cuya oculta raiz nace en la piedra.

Allí el aire tranquilo se embalsama
con los gratos olores
que la feraz frondosidad derrama,
y se respira pura
el aura salutifera que impregnan
con su aroma las flores,
las fuentes con vapores y frescura.

Allí la limpia atmósfera armonizan
las pasajeras aves
con cánticos suaves
que los sentidos con el alma hechizan.

Y allí pasa Beatriz el tiempo breve
de la estación florida,
rápida imagen de la corta vida
que en la tierra habitar acaso debe.“

Las rosas volvieron á florecer en las mejillas de la novicia, y su corazón, descansando de la nostálgica congoja que en el convento lo oprimía, se confortaba con el afecto paternal.

Un día, estando Beatriz sola, de sobretarde, á la puerta de la quinta, sorprendióse con la inopinada presencia de un apuesto embozado que, acogiéndose á ella en demanda de asilo, pues decíase perseguido, traspuso, “con libre franqueza“, el umbral del casalicio.

“Entre turbada y resuelta“, Beatriz, que habíale seguido, dió llama á un velón, y, con los ojos bajos, trémula y silenciosa, quedó de pié ante el forastero, de cuya mirada, sin verla, sentíase abrasada en el fuego.

Transcurrió un trecho así, ella cubierta de rubor y él alzado el embozo, una y otro mudos, hasta que al fin,

con cariñoso acento,—¿Cómo os llamáis?—preguntó el desconocido.

Díjole ella, con su nombre, su breve y triste historia. En el pecho del embozado, la crueldad del inicuo voto exaltó generosas rebeldías, que subieron á sus labios en gallarda promesa.

Cuando, alzándose para continuar su huída, rendíale á su amparadora de un minuto el adiós más rendido, estas bravas palabras, cálidas y vibrantes le oyó Beatriz decirle:

... “en este punto
yo propio amparo y defensa
necesito; mas si un día
en trance fatal os vierais,
ó en amarga desventura,
y me veis lejos ó cerca,
venid á mí; que si un hombre
puede con brío ó destreza
sacaros de aquel mal paso,
no ha de faltar quien se atreva”.

Quedó indeleblemente impresa en el alma de la novicia la gentil oferta del fugitivo, cuya apostura, cuyo misterio lleno de seducción, cuyo atrayente é irresistible



... sorprendióse con la inopinada presencia ...

ble dominio habíanle á la doncella cautivado sentidos y potencias.

En la sobremesa de aquella noche, oyendo á su hermano Don Carlos, recién llegado á la quinta, conversar con su padre y con el médico de la casa del jefe de una cuadrilla de bandoleros que afligía á la comarca, Beatriz, que comprendió haber refugiado á un capitán de bandidos, cayó tomada de un desmayo.

Sí; como la princesita del Baus del cantor de "Mireya"; como la rubia dama de Aiglun por quien talase Calendal el viejo bosque de alerces y á la que el conde Severán, el bandido de los Alpes, huyendo del agua de la tormenta, pidiera una tarde asilo, ella, Beatriz, habíaselo también dado á un capitán de bandoleros que, como á la princesa el conde, había con dulce imperio mirado á la novicia.

Y, en su blanco lecho de virgen, la novicia, cuyo sueño de fiebre el garrido bandolero iluminaba con su imagen, acuitábase al recuerdo, tan cruel como gustoso, de aquel aventurero al que ella hondamente ya amaba y del que la separaban fatalmente, con la airada vida de él, las rejas austeras del claustro.

Ella sabía, sin embargo, que el bandido, de más

ilustre linaje que el de salteador de caminos, tiempo atrás riñera su espada en más gloriosos empeños; que antes que capitán de bandoleros fué capitán de soldados; ella sabía que, habiendo, en noble pendencia, matado á otro capitán, sus soldados y los de otros capitanes acudieron al rey en súplica del indulto; ella, en fin, sabía que era bravo, fuerte, enamorado, generoso y altivo.

Recodada á su ventana absortamente, una noche de agosto, de entre las malezas de una loma vecina, la novicia vió que salía un hombre y, á firme paso, avanzaba hasta la plazoleta de la quinta.

“Era de alzada estatura,
de presencia muy airosa
y andar resuelto y seguro;
su traje, casi á la moda
de mil setecientos quince:
gabán cuya manga angosta
ciñe al brazo con gran vuelta
que en la muñeca se dobla;
pequeña falda y con cuerpo
que á la cintura se abrocha
con un corchete de acero;

ancho calzón que abotona
por ambos lados, y que ata
por encima de la bota;
larga espada, gran sombrero,
y en la cinta dos pistolas.,,

El bandido—pues no otro era sino él, locamente prendado de su amiga de un instante—desembozóse bajo la ventana y, galán como el más cuyo, declaró á la turbada novicia todo el amor que hacia ella sentía desde que el azar—pródigo en dichas igual que en desventuras—quiso un día mostrársela.

Distraídos en plática de amores, más Beatriz enamorada cuanto más enamorado él, y él más y más enamorado, oyeron de improviso en la puerta dar vuelta á los cerrojos; y, sospechando Beatriz quién fuese, hizole al capitán que partiera al punto. Quedó al postigo ella, en acecho, y vió cómo su hermano, Don Carlos, tomando el camino del que huía, desapareció entre los matorrales.

Era el hermano de Beatriz un rábula sin conciencia, gran legista y sofista, merced al cual, siempre que á él le interesara, toda ilegalidad era lícita y todo lo lícito ilegal; “doctor en Leyes que nunca—cuenta el poeta—

guardó buena ley con nadie"; hombre, en suma, tan ruín y tan despegado de afectos, que, más que hermano de su hermana, "parecía juez de ella."

Nuevo Pigmalión odioso, tenía fraguado en su codicia, celando el voto de clausura que pesaba sobre Beatriz, reunir en él solo las haciendas de ambos. Por eso, al sorprender, con espantados ojos, el coloquio de la novicia, en el que vió una amenaza para sus secretos designios, toda la astucia del rábula, sobresaltada, despertó y púsose en juego. Antiguo rival, además, del capitán de bandidos, que soplárale en la Corte una dama de bastidores, el rencor y el despecho de Don Carlos sumábanse á su ambición en la obra que premeditaba.

Alcanzó al rondador entre los matorrales y, llevándole ante la quinta, instóle á que desistiera de su disparatado cortejo. Lejos de ello, el capitán Don César, gallardamente, declaró, sincerándose, sus propósitos. No era su amor á Beatriz—el más grande amor de su vida—una asquerosa ambición que, árdida ó cobarde, se aviniese á pactar con la de un hermano avariento. Anhelos más altos le movían. Pobre y desterrado, su desgracia le empujó á la montaña; y, no habiendo na-

cido él ni para eremita ni para rabadán, hubo de hacerse bandolero, aun repugnándolo; pero á sus capitaneados, que otro mantenía á sueldo, no pasaba el producto de los robos, puesto por él en recaudo para ser restituido.

Una palabra del bandolero, y el monarca, á quien placíanle los bravos hechos de Don César, pronunciaría su rehabilitación y volveríale su espada. Y entonces el capitán de bandidos, capitán de las milicias del rey, acudiría á dar el brazo á Doña Beatriz de Hineirosa, prendida de azahares.

Denegó, iracundo, Don Carlos, y, lanzado y devuelto un reto, la escena quedó muda y solitaria.

No era hombre Don Carlos que se aventurase á valentías, y menos con tal adversario. Tomó, pues, prudente acuerdo consigo mismo, y, citando en sendas cartas, que despachó con dos criados antes de la madrugada, á la Justicia y á Don César para el mismo lugar y hora, á la noche siguiente, puntual y apercebida la una y el otro vilmente atraído al reclamo de los amores, y cuando ya, en diálogo con Beatriz, la emboscada iba á descubrirse, abrióse la puerta de la quinta, y un grupo de esbirros con arcabuces,

sables, puñales y pistolas se arrojó sobre el enamorado.

Testigo de la conversación entre su hermano y el bandido, Beatriz, que comprendió toda la grandeza de Don César y toda la perversidad de Don Carlos, sintióse hacia aquél, más que nunca, poseída de amor. Y así fué que, presentándole su hermano, á poco de la infame sorpresa, la sentencia de muerte del bandido, la novicia, trágica, instantáneamente, como muerta, cayó privada al suelo...

Pasó tiempo, y las campanas del convento de Beatriz tocaron á monjío. Hubo cánticos, luminarias y dulces; y, en su celda, después, la profesora lloraba, lloraba mansamente. Y, con las lágrimas, siguieron corriendo los días.

Uno de ellos—era al rezo de maitines—cruzó la nave del templo, lentamente, un embozado, y se arrojó junto al coro. Al erguirse, solos una monja y él, dejó caer ante la que oraba un minúsculo billete, y, volviendo en el umbral el rostro, lo desembozó á tal sazón.

Beatriz, abalanzándose á los hierros del coro, dió un grito de dolor.

¡Era Don César, sí! ¡Era él, indultado y libre, pero

cuyo enemigo mintiérale muerto á la víctima que necesitaba despojar! ¡Era él, libre y enamorado, que acudía á ofrecerle el brazo para devolverla á la vida!...

Una madrugada, esperando Don César junto á las tapias del convento—ya preparada la fuga—la llegada de Beatriz, topóse, al doblar una esquina, un *¡Quién val* de otro noctámbulo.

Sacó rápido el estoque y, al reconocer á Don Carlos, que le reconoció asimismo,—*¡Defiéndete!*—exclamó.

Horas después, aún tendido sobre las losas de la calle el cuerpo inerte de un hombre, Don César, torturado de incertidumbre por lo que á Beatriz hubiérale impedido ir con él á reunirse, penetraba en la iglesia. Al centro de la nave, bajo la amarillenta claridad de los blandones, en el féretro, Doña Beatriz de Hines-trosa dormía el sueño eterno. Se la había encontrado muerta, con la mano del Cristo asiéndola, ante el Cristo de la lámpara de plata que existía en el coro.

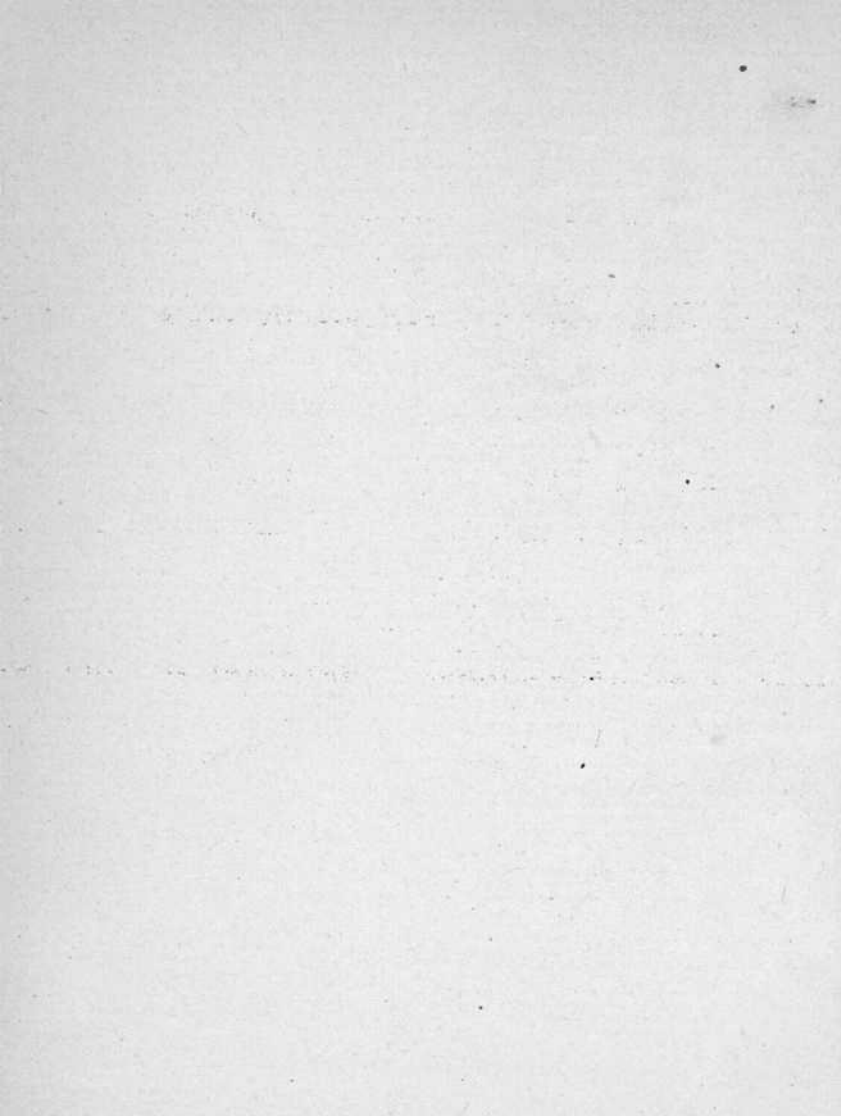
Don César, tocado de la gracia divina, se retiró á los montes de Córdoba en hábitos de penitente.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Para verdades el tiempo.....	9
A buen juez, mejor testigo.....	21
Recuerdos de Valladolid.....	31
Justicias del Rey D. Pedro.....	39
Los borcegués de Enrique II.....	47
El Capitán Montoya.....	53
Una aventura de 1360.....	61
Margarita la tornera	67
Príncipe Rey.....	91
El caballero de la buena memoria.....	101
El desafío del diablo.....	121







Historias
de
Zorrilla

Mundial
Biblioteca

G17814